

**Carlos Suárez
Veintimilla**

OBRA POÉTICA

TOMO III

CAMINO



**Centro de Ediciones
Culturales de Imbabura**

IBARRA, 1996

CONTENIDO

Carlos Suárez Veintimilla

Obra poética, tomo III
CAMINO

Impreso y hecho en el Ecuador

Diseño gráfico y supervisión editorial:

Patricio Negrete Reyes

Levantamiento y armado: Grace Sigüenza H.

Cubierta: Edgar Vega

Impresión: Editorial Ecuador, Santiago 367, Quito.

ISBN obra completa: 9978-9910-6-9

ISBN tomo III: 9978-9910-8-5

Derechos de autor

Inscripción: 009833

Depósito legal: 000888

Es propiedad:

CENTRO DE EDICIONES

CULTURALES DE IMBABURA, 1996

Flores 713 • Apartado Postal 729 • Tf. 954985

Ibarra-Ecuador

1996 10

El Centro de Ediciones Culturales de Imbabura

Es una entidad sin finalidad de lucro destinada al desarrollo de la educación, información y cultura de la provincia y el país. Sus actividades fundamentales son las ediciones de obras de autores imbabureños, la publicidad y distribución de órganos periódicos de prensa, y la investigación sociocultural. Tiene su sede en la ciudad de Ibarra.

Nota editorial

I. Ecos del evangelio

Camino	1
Adviento	1
Domingo de ramos	1
Glosas	
A San José (6 cantos)	2
Nazareth	2
Playa del Tiberiades	2
Acuarela	2
Lo hemos dejado todo	2
Amistad	3
Leyenda de San Juan	3
Emmaus	3
Jueves Santo	3
Domingo de Pascua	4
Aleluya	4
Pablo	
Piedra y alma	

II. Los brazos lejanos

Benditas sean, madre	51
- Madre	
Madre	53
El agua del pozo	53
- Ángel mío	57
Desde lejos	59
Arrullo sobre los brazos lejanos	61
Pan	63

5 cantos de soledad		Despedida	126
Siega	64	Hemos de conversar todos los días	128
La lámpara	66	Sobre el lindero	130
Pájaros asustados	68	Muertes de la vida	132
Aquí	70		
En sus rodillas	71	IV. Noche buena	
10 cartas		La noche	137
A Pepe	73	Noche buena I	138
A Martha	75	Hiel	141
A María	77	Media noche	142
A Gabriel	79	El quinde	145
A Alfonso	81	Canto de la noche que se va	147
A Alejandro	83	Campanas de noche buena	150
A John	85	Oración al Dios niño	152
A Miguel	88	Campana	153
Esta	90	Noche buena II	154
Bodas de Plata	92	Grito al niño Dios	156
Año Nuevo I	94		
Año Nuevo II	96	V. Ser niño	
Soledad I	98	Ser niño	161
Lucero de una eterna aurora	100	Ellos saben	163
Al amigo que se fue	101	Al fin de la fila	165
Adios	103	El niño ensangrentado	166
Soledad II	104	El pequeño mendigo	168
50 años	106	Hallé en tus ojos	169
Por los tristes senderos		Hallazgo	171
Hermano	109	Recóndida presencia	173
Nardos	110	Como eres hoy	175
		Catecismo	177
III. Más allá del tiempo		Primer recuerdo	179
Recuerdos	113	Mis zapatos vacíos	181
Palabras de ceniza		Visita	183
Ceniza	115	Paz	185
“Paz, paz, oh Jesús...”	117	No estés triste	187
Muertos de España	120	Quiero	189
Mariscal de Ayacucho	124	Blancura	191

Niña	192
Gota de luz del alba que despierta	193
Isla remota	194
María	195
Pupilas agoreras	196
Fuente secreta	197
Toda infancia es cristal	198
Para tu soledad	199
Jugando con los ángeles	200

VI. Amigo

Amistad	203
Nocturno de la huraña amistad	204
Amor	205
El día que tu llegas	207
Sobre el oro del recuerdo	209
Ustedes son	212
Vuelve	215
Manos sobre el pecho	216
Flores	218
No por mí	219
Sobre el umbral	220
Noviciado	222
Tienda	
Peregrino	224
Ven otra vez	226
Ven	228
Espigas en mis manos	230
Como esa higuera	232
Dolor	234
Manzanas	235
Gruta azul	236
El ancla	237
Veleros	238

El autor	239
----------	-----

NOTA EDITORIAL

Carlos Suárez Ventimilla se retrata en su poesía. Es un hombre profundo, sencillo y directo. Quienes lo ven por primera vez, luego de haberlo leído, lo reconocen como se lo habían imaginado. Quienes primero lo hemos conocido y hemos leído luego su producción, la sentimos muy dentro, porque hemos entablado una relación de cariño intenso con él. Por ello una nueva edición de su obra era una urgencia para unos y para otros. Pero también lo es para quienes no lo conocen personalmente ni lo han leído antes, porque su creación literaria es ya a estas alturas patrimonio de nuestra cultura nacional.

Carlitos es un hombre de múltiples oficios e innumerables facetas. Es un incansable promotor de obras pastorales y sociales; es un maestro de vocación y largos años de ejercicio; es un buen conversador, ameno y bien informado; es, como lo atestiguan varias generaciones de funcionarios públicos, un palanqueador persistente y eficiente; es ayudador compulsivo, siempre generosamente dispuesto a ofrecer las colaboraciones más inverosímiles; es, en fin, alguien que en la vida ha tenido que ser una que otra vez, por gusto o necesidad, periodista, arquitecto, consejero matrimonial, orador de ocasión y árbitro de fútbol. Pero más allá de ello, el hombre es ante todo y sobre todo, sacerdote y poeta. Su obra fundamental se enmarca en estas sus dos grandes vocaciones, que en realidad son una sola. ⁷

La obra de Carlitos Suárez ha permanecido crónicamente agotada. Se han impreso pocos de sus libros, se han distribuido muy limitadamente y se han agotado pronto. Esta colección pretende solventar, al menos en parte, esa realidad. El Centro de Ediciones Culturales de Imbabura se propone recoger, en varios volúmenes, su producción literaria, no solo como un tributo a su persona, sino como un homenaje al más alto exponente de la literatura provincial.

Esta serie contiene tres volúmenes de la obra poética del autor. El primero está fundamentalmente dedicado a su poesía religiosa, el segundo contiene sus producciones dedicadas a nuestra tierra, el tercero recoge las composiciones dedicadas a nuestra gente y a nuestras cosas. Se espera estructurar un cuarto volumen que recoja la crítica literaria sobre el autor. El ordenamiento adoptado para la obra en los diversos volúmenes ha sido hecho por el propio autor.

Al presentar esta obra al público, cumplo el grato deber de expresar el agradecimiento más sentido al Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, de manera especial al Ing. Edmundo Carrión, Presidente, y al Sr. Fausto Yépez, Vicepresidente; a la Corporación Editora Nacional, en cuyos talleres se preparó la obra, y a Patricio Negrete y Grace Sigüenza, que realizaron los trabajos editoriales. En cuanto a mí, que por encargo del Centro de Ediciones asumí con cariño y devoción la organización de la obra y la supervisión editorial, me queda la satisfacción inmensa de saber que la palabra de Carlos Suárez Veintimilla volverá en estas páginas a oírse una vez más, serena, profunda, segura.

Enrique Ayala Mora,
Ibarra, diciembre de 1994.

I

Ecós del Evangelio

CAMINO

Puedes decir las cosas más bellas del camino:

Camino que se abrió allá en la noche
al paso vacilante
del hombre recién hombre, casi ciego;
y avanzó hacia la luz
y acabará otro día hundiéndose en la noche
con el hombre
hacia otra luz.

Es humilde y sencillo, te entiende:
él también es de tierra
y espera llegar contigo un día.

Escucha silencioso
comprensivo y abierto,
y puede aguardar todo el tiempo
su turno de hablarte.

No se va, aunque tú te hayas ido,
y cuando vuelvas
puedes estar seguro de encontrarlo

con la misma sonrisa
y la misma mirada sin reproche.

No espera que lo alabes
para ser el más fiel y más seguro.

El comparte contigo,
sin pedirte nada,
su suelo firme, elástico:
los árboles, la sombra,
el trino de los pájaros,
la corriente de agua que, a ratos,
lo acompaña cantando
o la ancha soledad en que se pierde
con su silencio a cuestas.

Camino que sube:
va contigo... y te llama
de la cumbre distante;
se sienta a descansar
a tu lado, y contemplan, los dos, en silencio
el paisaje, cada vez más ancho y más lejano.

Camino del desierto
sin huellas, ni trazos:
tan sólo voz que escucha
sólo el que sabe el secreto del desierto;
que camina delante de la caravana,
fiel, como la columna de fuego
y la nube del Exodo.

Cuando llegas, feliz, a tu destino,
no vuelves la mirada
para decirle: ¡gracias,
amigo!
Y él , sonriendo comprensivamente,
te ve alejarte, y vuelve
porque alguien lo espera,
alguien que, cuando llegue,
se olvidará también
de volverse a mirarlo.

Y la Palabra
se hizo Camino;
y cuando quiso decirte algo que era
más que una honda esperanza, una certeza,
dijo: Yo soy el Camino:

con sus pies descalzos,
su mirada que sabe
todos los rumbos,
sus manos que lo curan todo,
su frente con sudor, y su fatiga,
su morral, y su Pan y su Vino.

¡Puedes decir las cosas
más bellas sobre Él, que es el Camino!

ADVIENTO

En la noche violeta
se ha quedado mi alma
en su ventana sola,
desvelada.

Desde el fondo del pozo
una estrella callada
mira al cielo lejano,
abismada.

Música de la noche,
misteriosa y lejana
hace sangrar el aire
con sus flautas.

Llegan —de siglos— voces
que cantan y que llaman
la lluvia de divina
madrugada.

En el sueño del niño,
en la pena callada
de la mujer que escondo
sus lágrimas;

en el humo que sube
desde la boca amarga
—las manos, de despecho
apretadas—,

en la noche, como una
canción de angustia y ansia,
pulsando la misma eterna
esperanza.

El hombre fatigado,
la tierra desvelada
murmuran: ven, Señor...
maran hata!

DOMINGO DE RAMOS

Ramos de las 70 palmas que miran al desierto desde la
fresca mancha del oasis de Elim,
palmas que se inclinaban sobre las 12 fuentes,
recordando a las tribus soñadoras y ardientes
de Israel que arrastraba nostalgias y esperanzas por las
rutas sin rumbo del desierto de Sin.

Palmas
que alzaron en tu triunfo —claro como sus almas—
los hijos de los hijos de los que alzaron tienda bajo 70 palmas.

Oasis de Elim: los viejos contemplaron en sueños
las palmas en las manos de sus hijos pequeños...

* * *

Palmas que inclinan sus frentes
sobre las 12 fuentes
del oasis de Elim,

ramos de los olivos
que alargaron sus brazos compasivos
en las sombras absortas del Gethsemaní.

Palmas que oyeron las voces de Israel quemado por los
soles del desierto,
olivos que escucharon el beso del amigo en la sombra del
huerto.

* * *

Hoy también! Dos mil veces han vuelto los clamores del
Domingo de Ramos:
tremolan nuestras manos estas hijas lejanas de las 70
palmas del desierto,
nos han dado sus brotes los troncos inexhaustos de tu huerto,
y así, Maestro, como aquellos de ayer, como los de mañana,
a tus plantas estamos.

Las manos de los niños, pequeñas e inocentes,
y los puños cerrados sobre el pecho culpado:
las voces blancas de las 12 fuentes,
y el gemir en el huerto bajo el peso del odio, la noche
y el pecado.

Y hoy cuando arrodillamos
a tu paso los cantos, las palmas y los ramos,
sentimos que llevaban las manos suplicantes
todas las esperanzas de esos hombres distantes
que seguían tus pasos por las rutas sin rumbo del desierto
de Sin,
y soñaron tu triunfo junto a las 12 fuentes del oasis de Elim.

GLOSAS

A SAN JOSÉ (6 CANTOS)

1

Tú tenías el alma de los Patriarcas viejos,
que a tu azul Palestina llegaron de muy lejos
con las pupilas llenas de la visión de Dios.

Fuertes —como los troncos de los viejos olivos—;
sencillamente altivos:
la altivez de los rudos cayados patriarcales;
candorosos y simples como los recentales
de sus largos rebaños —su riqueza y su amor—.

Tú tenías el alma de los Reyes Pastores,
el alma melodiosa de tu abuelo poeta:
también en tus entrañas, con ansiedad secreta,
gemían de tu pueblo los antiguos dolores,
cantaba la Promesa, hecha temblor de anhelos.
José, fin de una estirpe. Ignorado Patriarca,
último de los reyes de la tierra de Dios,
tú fuiste como un arca
que guardara las ansias de tus viejos abuelos
que cerraron sus ojos sin mirar al Señor.

2

Cuando las manos blancas de la Virgen María
—como palomas tímidas— descansaron un día
su vuelo entre tus manos —rústico palomar—,
revivieron en tu alma la serena alegría
y la clara pureza del bíblico Cantar.

3

En nombre de los hijos de la antigua caída,
en Belén te postraste —junto al asno y al buey—
mientras tu alma, en el nombre de tu raza dormida
cantaba la Promesa, hecha un grito de fe.

4

Nazareth! El encanto
de los días sin nombre. . .

Tres vidas que se funden en una sola vida:
las manos siempre juntas para la brega diaria,
todas las armonías en un único canto
y las almas unidas en la misma plegaria.

Y pudo ser entonces Jesús Hijo del Hombre. . .

Por El era tan bella la casita escondida.
Sobre el temblor inquieto de cada nuevo anhelo
ponían sus palabras un bálsamo de calma,
y las alas cansadas renovaban el vuelo
cuando sus ojos negros penetraban el alma.

José, cuando te fuiste
te llamaron las lágrimas de unos ojos amantes. Se
esfumaron las horas de la clara alegría
y se abrieron los días dolorosos y errantes.

Y el Señor y la Virgen se alejaron un día,
ignorados y pobres, por amor a los hombres.
Los ecos que vagaban por la casita triste
se quedaron diciendo quedamente sus nombres . . .

Por el Niño perdido, por Egipto y Belén,
por el sol de tus bodas, por tu azul Nazareth,

bendícenos y danos
tu mirada de agua serena y transparente,
la bondad simple y pura de tus rústicas manos,
danos tu amor que espera silenciosa y fielmente. .

Cuando la vida ponga desaliento y tristeza
dentro del alma, llévanos de la mano al Maestro,
y deja entre las manos maternas nuestra frente.

Cuando vacile y tiemble nuestra pobre flaqueza,
llévanos en tus brazos, oh dulce abuelo nuestro! . .

NAZARETH

Casas como los nidos de los pájaros
con paja y barro,
algún jardín como un pozo
del que sacan fresca los hombres cansados.

Calles de tierra que salen
a contemplar el campo
y se bañan los pies en la aceña
que pasa cantando.

Sólo voces desnudas y simples
el silencio y la paz van bordando:
balidos de ovejas,
el canto de un gallo,
la canción que desgrana en la fuente
la que canta lavando.

La Virgen María
cose **ajuares** para los niños del campo;
San José anda con los cubos del agua;
el Niño Jesús va sacando
del corazón de una vieja guitarra las músicas nuevas
para la belleza eterna de los viejos salmos.

El silencio da vueltas, feliz, por la casa
suavemente silbando.

Y un ángel chiquito
caído de quién sabe cual cielo lejano
juega con un perrito vagabundo
en el jardín encantado.

PLAYA DEL TIBERIADES

En los brazos morenos de la playa,
el agua —hoy niña dócil y tímida— del mar,
entornando sus ojos azules se desnaya
dulcemente, cansada de jugar.

Niños de un pescador de Cesarea:
caras vivas tostadas de viento y sol y azul;
y en una vieja barca galilea,
los trece pescadores que llegaron del sur.

Los cuatro reclinados sobre cuerdas y aperos
de la pesca; Jesús junto al timón;
y los ocho en el largo bancón de los remeros,
y arriba las gaviotas, y sobre el suelo el sol.

¡El Rabino! . . . ¡El Rabino! . . . La playa se ha poblado
de murmullos inquietos y miradas ansiosas;
y ante la barca humilde de Jesús han quedado
extáticos los ángeles, los hombres y las cosas.

Habló Jesús . . . y ante las ansias mudas
de hombres simples y rudos y orgullosos doctores,
sembró dulces certezas y dolorosas dudas
en parábolas hechas de sombras y fulgores.

La palabra del dulce Maestro ha suspendido
a los pobres hambrientos de aquel pan de los cielos,
el sol y las gaviotas quedamente se han ido,
y se ha quedado el lago sin luces y sin vuelos.

“Padre Nuestro”... Con ellos se santigua la tarde,
Jesús tiende su mano que bendice y saluda;
los once: un corazón que sonrío y que arde;
pero hay uno que duda...

Se recogen las velas para salir al largo
en la noche amparada de silencios y brumas;
se estremecen los remos, y en el dulce letargo
de las aguas, la proa borda surcos de espumas...

ACUARELA

La mañana
tendió a secar su manto de colores
sobre la arena fina de la playa.

En las manos morenas de los mozos
renovaban sus mallas
las viejas redes grandes y olorosas
a pescado y a viento y sol y agua.

El viejo,
de pie sobre la barca, se extasiaba
contemplando esos brazos musculosos
y esas pilas claras
de niños grandes, tímidos y fuertes.

Delante de la barca
pasó Jesús. Dos hombres le seguían:
al viento la cabeza desgreñada,
brazos desnudos, y en las manos grandes
todo el olcr y la fatiga sana
de la pesca nocturna.

El pronunció tan sólo una palabra.
Y las redes cayeron bruscamente
—como un cuerpo sin alma—
al fondo de la nave.
Y con una tristeza casi humana,
dijo un trémulo adiós a las espumas
la pobre barca.

Y los ojos del viejo Zebedeo
—nublados de nostalgia—
se quedaron clavados largamente,
sujetando dos sombras adoradas
sobre el primer recodo del camino
que se iba, con ellos, de la playa...

LO HEMOS DEJADO TODO

“... Y el joven se fué triste
porque tenía muchas posesiones...”
Jesús lo ve partir, pero no insiste...

Y en las caras de bronce
se refleja la lumbre de emociones
que hierve en las pupilas de los once.

En el nombre de todos, Simón —con desenfado
simple y audaz de niño consentido
que no se atreven a tener los otros—

habla “~~he~~ aquí que todo hemos dejado,
y ~~así~~ te hemos seguido:
¿qué será, pues, Maestro, de nosotros?”

Con qué orgullo infantil —quizá la sola
cara cristiana y limpia del orgullo—
dijo Simón: “lo hemos dejado todo!”

La playa... aquel camino con su triste recodo...
las redes y la barca, y el arrullo
del viento en cada vela y cada ola...

Y el hogar en la noche —el pobre fuego
que cogía sus manos con un vago
temblor, como el palpar de un niño ciego...

Y todas esas voces conocidas
que, al hablar en las tardes de las cosas del lago,
parece que en el alma se quedaban dormidas.

“Lo hemos dejado todo”: . . . ante su vida
desnuda y sola, sin hogar ni abrigo,
contra el viento de todos los caminos,

un solo amor por tanta cosa ida:
el del único Amigo
que lo llama así —solo con sus labios divinos.

¿Y a su espalda? . . . Los tristes que quedaron
de pie junto a sus “muchas posesiones”,
viendo sin paz el último recodo

hacia el nuevo camino que no amaron. . .
Yo no quiero ser triste guardador de ilusiones.
Tú y yo. ¿Para qué más? . . . Lo hemos dejado todo.

AMISTAD

Era el más viejo de los doce, Pedro.
Unas anchas espaldas y unas callosas manos,
como para el viril oficio de la pesca,
para el rudo servicio de todos sus hermanos.

Y unas pupilas claras con mañanas azules,
un corazón de niño, de pescador y amigo,
y ese amor tempestuoso —de ingenuidad y fuego—
por el que frente al lago le dijo: “ven conmigo”.

Las sombras se ahogaban en las aguas del alba.
”Muchachos, teneis algo?” . . . —”Nada”, le respondieron.
Y a la voz del ignoto pescador de la playa,
los peces del milagro dócilmente salieron. . .

”El Maestro”!: Las vírgenes pupilas marineras
del más joven e ingenuo de los doce lo han visto.
Pedro se arroja al agua para llegar más lleno de
amor y aguas azules a los ojos de Cristo.

Peces y pan sobre las brasas. Luces
niñas sobre la playa silenciosa y en calma.
Y nadie preguntaba: “quién eres?, porque todos
lo sentían adentro de su carne y de su alma.

Jesús y Pedro al borde del rumor de las olas . . .
“Me amas más que éstos?” le pregunta, mirando
el alma con sus ojos. “Señor, Tú sabes todo!”
la humildad y el amor respondieron temblando.

Tres veces “apacienta mis ovejas”, le dijo
—todas, hasta el extremo más lejano del globo:
por una sola hubiera yo entregado mi vida;
defiéndemelas tú del abismo y del lobo—.

“Siendo joven, tú mismo te ceñías. Un día
otro te ceñirá” . . . Una cruz hacia el suelo
miró en el horizonte —cruz de almas,
de fatigas y muerte, de dolor y de celo—.

“Y éste? . . . Tímidamente pregunta del amigo:
y, antes de abrir los brazos al tiempo y la distancia,
Pedro y Juan le contaron su amistad al Maestro
frente a las aguas tristes del lago de la infancia.

LEYENDA DE SAN JUAN

Era el más mozo de los doce. Había
en su cara morena
—tostada de los soles de la tarde
y de los vientos de la aurora fría—
una mirada transparente y buena,
y era su juventud todo un alarde
de alientos y frescuras,
y sus pupilas, dos confianzas puras
que esperaban abiertas al borde del camino . . .

Cuando le dijo “ven” el dulce y fuerte
el extraño Rabino,
volvió la hermosa frente
hacia el nuevo sendero
—altiva, limpia, jubilosamente—
con un sol nuevo para las miradas
de sus pupilas hondas,
como en esas azules madrugadas
daba —a la luz del último lucero—
sus cabellos al viento y su barca a las ondas.

Su alma de pescador —intacta y fuerte,
pura como las aguas y violenta
como las tardes roncadas de tormenta—
amó a Aquel que le dijo “ven conmigo”,
con un amor de realidad y ensueño
—el de hermano, de apóstol y de amigo—
hasta la copa amarga y hasta el leño
del desnudo abandono de la muerte.

Su ardiente juventud, limpia y abierta
—como el lago que guarda en su honda entraña
los luceros cautivos—
dio su alma a Jesús, íntima y plena,
ante los ojos de la niña muerta,
en la extasiada luz de la montaña,
en la ternura triste de la Cena
y en la sombra mortal de los Olivos...

Y el viento huracanado que aullaba
bajo la Cruz, en la indecible tarde,
y a los oídos de Jesús llevaba
gemidos de mujeres, gritos rudos
y un silencio cobarde,
desmelenaba entre sus manos frías
los cabellos desnudos
de un hombre, en pie, que desafiaba a solas
al baldón y al dolor, cual otros días
a las sombras, los vientos y las olas.

* * * * *

Y la vida de Juan es una sombra
filial sobre el sendero
de la Madre divina,
Su boca es un venero
de serenas dulzuras cuando nombra
a la Señora buena.

Y desde aquella hora
miraron los caminos la morena
cabeza del apóstol que se erguía
—viril y protectora—
junto a la cara delicada y fina
de la Virgen María.

Sobre su hombro joven de marino
ella apoyó el cansancio del camino.
El velaba sus sueños.
Y a los pobres, los tristes, los pequeños,
él abría las fuentes
que en las maternas, trémulas pupilas,
dejaban tantas vidas sonrientes,
tantas almas tranquilas.

Y al fin, en suave calma,
se cerraron un día
los ojos maternales de María...
Allá, dentro del alma
sintió Juan que la ausencia
un abismo sin límites le abría.
Y una voz interior estremecida
hizo unir a los once su presencia
junto a la Madre de Jesús dormida...

Y dice la leyenda
que al levantar el velo
miraron los antiguos pescadores
sólo un ramo de flores
que inundaron la senda
de fragancias de cielo.

Y . . . —dice la leyenda que he glosado—
al levantar los ojos
límpidos y sinceros,
el joven pescador tomó el cayado;
y sus plantas de apóstol sintieron los abrojos
de los largos senderos:

se llevaba en la vida
todas las flores de la Madre ida,
y en el alma prendida,
de esas pupilas la imborrable huella,
que, en la brasa incendiaria
y el destierro en la roca solitaria,
será para su alma
valor y calma,
voz, frescura y amor, agua y estrella.

EMMAUS

Hacia Emmaús, en fuga contra la muda tarde,
sobre la indiferente línea gris del camino . . .
El sol, luz moribunda de esperanza que arde
sobre el recuerdo triste de aquel Muerto Divino.

—Dejando en un sepulcro cada nueva esperanza,
cogemos el camino de Emmaús, y mirando
con nuestros ojos tristes la vaga lontananza,
de tristezas y muertes nos vamos platicando . . .

Así nos vamos solos, cuántas veces, mi Cristo!,
a un Emmaús cualquiera —como si hubieras muerto
para hundirte en las sombras, y no te hubieran visto
las tres junto a los muros y María en el huerto.—

Qué necios y qué tardos de corazón! . . . Convino
que en Jesús se cumplieran todas las profecías;
y que a estas almas que huyen por el camino
les mordieran los miedos y las melancolías.

Y calla en Evangelio de las esplendorosas
luces con que alumbraste las viejas Escrituras
(Acaso puede el hombre repetir esas cosas
con que incendias las sombras en las almas oscuras?)

Finges seguir la senda con la noche que avanza.
Y, temiendo el abismo de horror de tu vacío,
se cruza en tu camino nuestra desesperanza
en un grito cargado de inquietud y de frío:

sin ti, somos extraños los unos a los otros!
Por eso nuestro grito frente a la tarde fría
te suplica: Maestro, quédate con nosotros
porque vienen las sombras y ya declina el día!

Y te reconocieron en la fracción del pan:
ese gesto tan tuyo de Jesús del cenáculo.
. . . Mas hoy, también nosotros! . . .: nuestros ojos están
ante la puerta muda de un pobre tabernáculo.

Nuestros ojos no han visto. No ven más que los rojos
reflejos con que incendia las vidrieras la tarde. . .
Pero, si El no ha venido, por qué hay en nuestros ojos
un brillo de certezas, y el corazón nos arde?

JUEVES SANTO

La sala de la Cena ya está lista: la albura
del mantel de la Pascua, con los panes y el vino,
y el cordero . . . Un ambiente de triste ternura . . .
doce, la Promesa, y el Maestro Divino).

De hinojos en el suelo, Cristo ha ido lavando
uno a uno los toscos pies de los pescadores:
valieron protestas! . . . y se han ido entregando en
— las manos divinas, ledos, sangres, dolores . . .

"Tomad, esto es mi cuerpo...": consternados y mudos
los once fieles comen el divino Cordero:
y aquellos corazones varoniles y rudos
deshace de ternura el encuentro primero.

Y sobre el palpitante e inerme Pan se pega

—como caricia inmunda de sierpe constrictora—
el beso anticipado de la entrega
del amigo, traidora . . .)

Se abre la puerta: sombras de terror y de dudas . . .
La noche arriba, adentro y en redor.
Se detiene un instante sobre la puerta, Judas . . .
y tragan las dos noches al traidor.

* * *

Sobre la blanca mesa de la Cena han tornado
tu Pan, tu amor y nuestra dolorida indignancia:
los ojos —al partirnos tu Pan— no te han mirado,
mas fue el mismo el aliento de tu viva presencia.

Pero cuántos, Maestro, por las rutas del mundo
han mirado impasibles tu infinito derroche,
o han llevado tu cuerpo sobre un légamo inmundado
o han abierto las puertas al horror de la noche!

Por todos los que niegan, los que dudan, los que huyen
y prefieren sus sombras a la luz de tu día,
y a Tí y a su alma ansiosa torpemente recluyen
en la negra mazmorra de una hostil lejanía,

yo te ruego: que sientan en sus bocas hastiadas
el ansia nueva que habla con sollozo y con canto;
y el hambre de infinito, que en sus almas gastadas
aplaques con tu Carne, Jesús del Jueves Santo!

DOMINGO DE PASCUA

(En Munich)

En copos blancos baja, suavemente
la fe en la vida, y otras vez, ¡oh Cristo!
tu presencia fraterna en los caminos
da vuelta de la muerte.

Hileras silenciosas
de alta blancura inmóvil
que custodian la paz de los caminos
entre lienzos blanquísimos, tendidos
sobre la verde luz de las llanuras.

La humanidad descansa
en el alba soñada de tu cuerpo
y este manto
sereno y refulgente.

El sueño, desterrado de la tierra,
ha vuelto sonriente
a escuchar las campanas de la Pascua
en las flores inmensas de los árboles
—que brillan, como el sol, como diamantes—
y en el paisaje fantasmal que canta
un Aleluya puro:
sobre las manos blancas de la tierra
tiemblan sus blancos pies resucitados.

ALELUYA

Aleluya
en la voz asombrada
de estas locas campanas infantiles
recién resucitadas.

Aleluya
en el alba, sentada
el jardín en que la Magdalena
la alba esperara...

Aleluya
en las trémulas alas
que - nacido en los hombros sonrosados
de esta rubia mañana.

Aleluya
en la ingenua mirada
de esa dulce pequeña que comulga
en puntillas, descalza...

PABLO

1

La mezquindad de un cesto sobró un día a tu carne exigua y
[demacrada:
tu carne que doblaron las piedras y las varas, la cadena y la
mordida del estímulo, quemada en el dolor [espada,
de los estigmas vivos del cuerpo del Señor.

2

Sordo hervor de violencias tu alma adolescente,
y un incendio de amor desde que el Perseguido te miró fren-
[te a frente.

Un reguero de odios va sembrando tu paso, y un revuelo
de tenaces ternuras va emigrando contigo de un cielo a otro
[cielo.

3

Tan cerca, Saulo, de nosotros, de nuestras mordeduras
de nuestros viejos odios y de nuestras ternuras.

Cerca de nuestras ansias, lejos de nuestros pasos,
de nuestras veleidades, de nuestros egoísmos y de nuestros
[fracasos.

44

Lejos! —vuelo de voluntad— la carne encadenada y con
[alas de gracia;
y aquel vuelo --todo alas— del alma sin sentido que ilumina
[y que sacia.

Cerca y lejos...: oculta con Cristo en Dios tu vida,
en esta traza nuestra, mezquina y dolorida...

4

Bale aún junto a ti rencoroso desvío:
en nombre de la sangre te desechan: "judío"...!

Tu raza desde el muro húmedo y desolado
te escupe su repudio, su dolor obstinado:

no te perdona nunca
Israel su esperanza desheredada y trunca

...

5

Tu que sobre el camino de tus odios has visto
~~cegado~~ y derribando tu antiguo ser— a Cristo.

Tu, vaso de elección— para amargas fragancias—
habla al amor tremendo que alucinó tus ansias,

por los que blasfemando siguen al Perseguido
y hasta hoy, si cayeron, ¡no han cegado ni oído!

6

Tu que hundiste en el mundo, con tu voz franca y ruda
la palabra de Cristo, penetrante y desnuda,

no dejes que la esconda, con cobarde cultura,
en palabras enfermas nuestra literatura.

7

Lejos de la Cruz, una ola de venganzas deshechas
entre bestias hambrientas y bestias satisfechas...

45

Tú que quisiste ser anatema por otros
y estar lejos del rostro del Señor, por nosotros...

hermanos que se ignoran, en encuentro imprevisto,
haz que se reconozcan en la cara de Cristo!

8

Todo lo enfermo sufre de una misma dolencia:
del vacío de Cristo, de su incurable ausencia.

Por colmar su medida, todo en tí cede y mengua,
y es su nombre la cálida obsesión de tu lengua.

Dinos que El en su cruz es todo: pena y gozo,
tu enseñanza y tu gloria, tu lucha y tu reposo.

Que nada son las razas con que el mundo se mide,
y que sólo El nos une cuando todo divide.

Que al corazón que a toda división está listo,
todo es estiércol, todo... para ganar a Cristo!

PIEDRA Y ALMA

No el blanco Apolo —línea pura y fría—
soñada imagen pálida y vacía,
belleza melancólica y desnuda
de realidad; ficción perfecta y muda:

Tu. piedra y alma —también blanca y ruda a la
que alguien haría que sacuda
un viento misterioso. Se diría
que contigo llegó la luz del día:

la luz de la mañana en que —vencida
la muerte— como el sol amaneciendo.
Cristo—] de ayer. el que vendrá. el hermano

con su viril belleza estremecida
dijo: "aquí estoy de nuevo", y sonriendo
a los amigos les tendió la mano.

II

**Los brazos
lejanos**

BENDITAS SEAN, MADRE

¿ Y nueve meses
me llevaste, arrullándome, en tu vientre,
antes de cantarme
sobre tus brazos?

¿ Y fueron tus entrañas
la mano con que Dios formó mi cuerpo
con tu carne
de dolor, de humildad y de pureza?

Madre,
te hice sufrir
~~para~~ de abrir los ojos!

Ensayabas tus cantos
o —desde ti— no te oía,
y soñabas mi cara
que se iba dibujando lentamente.

Y cuando me sentiste entre tus manos
—carne virgen, olorosa y fresca,
tierra blanda con pétalos de rosa

mojada aún por el rocío ingenuo
de las primeras lágrimas,
—tu misma carne en el prodigio de otra alma—
te olvidaste por siempre de tus sueños
y de tus dolores.

Benditas sean, madre, tus entrañas
que me conocieron y me amaron
antes que tus ojos,
que temblaron, temiendo por mi vida,
antes que tus brazos,
y que velaron ese sueño largo
en amoroso silencio.

Benditas sean por los labios de tu hijo
—hasta el cielo benditas—
tus entrañas de madre que guardaron
el futuro dolor y la alegría,
y ese misterio frágil y profundo
de mi noche y mi aurora.

Madre,
cuando no estés,
tu sangre
pulsando en mis venas repetirá tu nombre
—queja de niño solo, grito confiado de hom-
[bre—.

Y al fin callará un día
—niño cansado de llorar ausente,
pródigo que retorna—.

Y en la aurora del día
de la resurrección, mi nueva carne
volverá a repetir tu dulce nombre
con voces frescas, límpidas y eternas!

MADRE

MADRE

Los dispersos recuerdos se han reunido
en el vaso del alma, derramando
sus perfumes: tu voz y tus pupilas,
tus caricias lejanas y tus besos.

Han batido sus alas en mi frente
los cantares —tan dulces, tan lejanos—
que arrullaron mis sueños infantiles
en la cuna amorosa de tus brazos.

Ha brillado en mis ojos tu sonrisa
palpitante de amor, que mitigaba
las tristezas más grandes, y caía
como un beso de luz dentro del alma.

He sentido cruzar por mis mejillas
la caricia quemante, temblorosa
de las lágrimas puras de tus ojos
y del último beso de tu boca.

Ha nevado en mi espíritu la inmensa
bendición de tu amor, que mi alma turbia

ha cubierto de paz y de armonía,
ha llenado de luz y de blancura.

Estos dulces recuerdos, madre mía,
ante el Dios de la Hostia inmaculada
han plegado sus alas, convertidos
en el limpio fulgor de una plegaria.

EL AGUA DEL POZO

Los pilares rojos
con sus madresevas
me dicen de lejos:
para cuando vuelvas...

Madre, nuestras flores
regadas con gozo
copiado en el agua
profunda del pozo.

Cuando sale el cubo
lleno de agua clara,
¿no ves todavía
adentro mi cara?

¿No guarda del patio
la tierra mojada
mis huellas de niño
para tu mirada?

Juntas nuestras manos
tirando la cuerda:

y aún hoy de mi mano
tu mano se acuerda.

Esta me bendice
cada madrugada:
y yo así la quiero
flaca y arrugada.

Y esa, que en tu mano
quedaba perdida,
recibe tus besos
en la palma ungida;

y ahora te bendice
con la cruz aquella
que grabó en mi frente
tu mano y su huella.

ANGEL MÍO

“...Angel mío de mi guarda
mi dulce compañía...”

Las manos de mi madre se juntaban
sobre mis manos niñas,
y los ojos cerrados
creían ver dos alas extendidas
sobre mi cuerpo,
sobre mi oración, sobre mi vida.

Ahora, a veces, mis ojos
ya no miran dos alas extendidas
sobre el cuerpo y el alma,
porque sobre la luz de las pupilas
cae como una sombra
la máscara del mundo, falsa y fría.

* * *

Cuando me llega adentro
la mezquindad de nuestros gestos fríos

complicados y tristes de hombres grandes,
me voy a ver los ojos de los chicos
despeinados y alegres,

y dentro de ellos miro
la sombra de dos alas extendidas
sobre un mundo sencillo,
sin lujosas miserias
ni egoísmos pulidos.

DESDE LEJOS

Ayer, mamita, te he buscado en vano
para llorar, —sentado en tu regazo
así como lloraba
otros días lejanos
mis penas infantiles—

Una voz, como un grito destrozado
—rendido de amargura y de distancia—
voz húmeda de lluvias y de llanto,
en el fondo de mi alma
destiló sollozando
su infinita amargura.

Me habló de un largo padecer extraño
que marchitó una blanca florecita
en los jardines de mi hogar lejano.
De un dolor silencioso
escondido en el manto
de una leve sonrisa.

De pasos cautelosos, apagados.
De largas noches de vigilia ansiosa

nubladas de dolor, de ardiente llanto
que indeciso brillaba
en los ojos cansados
doloridos de angustia.

¿Hasta cuándo sus ojos se cerraron?
Sus ojos grandes de mirar profundo,
sus ojos negros, de fulgor extraño
que en el fondo, de mi alma
han dejado grabados
su ternura y su asombro

En aquellos instantes todo el llanto
que el amor ocultó por tanto tiempo
impetuoso por fin se ha desbordado,
y han cubierto de lirios
perfumados y blancos
los despojos de mi ángel.

Me ha dicho que allá lejos ha quedado
mi casita enlutada y silenciosa,
y ha quedado muy triste el viejo patio
—el que antes resonara
con el límpido canto
de nuestras alegrías—.

Por eso toda mi alma se ha enlutado,
y te he buscado, mi mamita buena,
para mezclar el mío con tu llanto.

ARRULLO SOBRE LOS BRAZOS LEJANOS

Cuando estoy solo, madre,
con mi cuerpo cansado,
y siento —de puntillas
sobre mi carne— el paso
silencioso y furtivo
de los minutos que la van gastando;

abre sus alas jóvenes
mi corazón, y escapa de los años;

y se va, madre,
a que arrulles sus sueños y sus cantos
—con la frescura matinal de entonces—
en tus brazos lejanos.

¿No sientes, un instante
detenerse la fuga de los años,
tu corazón volverse fresco y joven
y un perfume de nardos en tus brazos?

—Mi corazón que duerme —vuelto niño—
en tus brazos lejanos.

Y a veces, no has sentido
un dolor sin razón, ¿vago y extraño
que se anuda en tu pecho
y te pesa en los brazos?

—Mi corazón que duerme sus tristezas
en tus brazos lejanos—

* * *

Y a veces todo un despertar de auroras
sobre tus labios,
con la frescura del primer arrullo,
y tus ojos tan claros,
y una alegría ingenua
que te salta en los brazos?

—Mi corazón inquieto, vuelto niño,
que huyendo de los años ha encontrado
la alegría sin sombras
de tus brazos lejanos.

* * *

Cuando estés en el cielo
—aquí tu cuerpo diminuto y flaco—
junto a la reina que cambiaba en flores
el pan para los pobres, en su manto,

madre,
seguirás escuchando
—prolongación lejana de tus voces—
un murmullo apagado:

mi corazón confiado —como entonces—
en tus brazos lejanos.

PAN

Qué sabroso este pan
de tus manos, mamita,
con sabor conocido
de morena alegría.

Este pan grande y negro
que en su olor resucita
las ingenuas fragancias
de las dichas huídas.

Si supieras qué panes
he comido en la vida!
¿De qué harinas extrañas
y qué manos harían?

Eran pulcros y blancos,
pero nunca sabían
a ese pan de mi infancia
en las sombras dormida:

este pan que al retorno
del dolor de la vida,
he comido en tus manos,
como entonces, mamita!

5 CANTOS DE SOLEDAD

SIEGA

Para ti maduraban los trigales
de mi canto,
con el sol de tus ojos
dulces y nostálgicos.

Sobre la tierra negra de mi vida
al viento ondeaban como un mar dorado.

Y soñaba en segar una mañana
todo el oro dormido de mi canto;
llevarlo, como un niño,
a la muda ternura de tus manos,
y hacer, contigo, un pan dulce y moreno
para Dios, los hombres, y los pájaros.

No lo he segado yo . . .
que el viento de la muerte lo ha aventado!

Ahora, a tientas, de la tierra negra
lo recojo en mis brazos;

en vano aguardo la ternura muda
de tus manos.
Y tendré que molerlo en mi tristeza
y hacer con él mi pan solo y amargo.

Con él, sin saber cómo
al hueco de tu tumba me he llegado. . .

Me dijiste: ¿no tienes mi recuerdo
sobre la palma ungida de tus manos?
¿Por qué no alzas en él, hacia los cielos
el holocausto de tu trigo amargo?

Por eso, junto al hueco silencioso
del que una dulce lumbre va brotando,
levanto a Dios y a tí, mi dulce madre,
sobre la palma herida de mis manos
todo el oro, segado por la muerte
en el trugal maduro de mi canto!

LA LÁMPARA

Tu luz, como una lámpara
en el puñado breve de tu barro.

Ardía silenciosa
en la rueca tenaz de tu trabajo;
en el agua serena
que caía cantando
sobre las flores del jardín, del cielo
pequeñito y moreno de tus manos.

En tu sonrisa triste, en tus palabras
de misterioso encanto.

En tus ojos profundos —dos anhelos
desterrados—.

Y junto a esa otra luz, discreta y sola,
de la lámpara muda del Sagrario.
hasta el mínimo barro de tu cuerpo
ardía, todo él transfigurado.

Y así, tan dulce y fiel como una lámpara,
se fue apagando. . .

Hoy, en mis sombras, en el cielo negro
la voy buscando.

Y sé que un día, cuando el agrio velo
de lágrimas y hiel se haya rasgado,

la volveré a encontrar, serena y dulce
brillando ante el Sagrario azul, lejano,
la noche triste de mi vida sola
otra vez alumbrando.

PÁJAROS ASUSTADOS

Como un niño extraviado, voy vagando
por el jardín desierto,
por los adormecidos corredores,
por el salón inmenso,
por el cuarto vacío, en que quedaron
sobre tu lecho
el aleteo azul de tu agonía
y el triste encanto de tu rostro muerto.

Por todos los rincones
me salen al encuentro
—pájaros asustados—
enjambres de recuerdos. . .

Aquí el viejo sillón en que sonaba
para el país azul de nuestros sueños
la música encantada
de tus cuentos.

Allí la flor que en su corola triste
dice tu nombre, quedo.

El árbol del que, niños, te lanzábamos
risas, frutas y besos.

El horno en que mirábamos, absortos,
brotar el pan moreno
que en tus manos de hada se impregnaba
de un sabor de misterio.

El hueco de la puerta, en el que un día
se te rompieron un adiós y un beso.

Y, al mirar en mis ojos
—ojos abiertos y ávidos de huérfano—
el vacío infinito de tu ausencia,
alzan, en confusión, el loco vuelo
pájaros asustados
del recuerdo.

AQUÍ

Aquí, mientras tus manos buenas
tendrían, pulcras y ágiles, la cama,
me hablaste: lejos, lejos
se hundían tus nostálgicas miradas.

Me hablaste de una vida
bella y heroica. De una cumbre blanca
hacia la cual mi loca adolescencia
podía alzar las invocadas alas.

De un amor grande y puro
que mis ansias calmara.

Y de clavar mi corazón y el tuyo
sobre una cruz sangrienta de distancias
—sangre de mi dolor y tu ternura—
en busca de las almas.

Aquí a mi corazón adolescente
a la mágica luz de tus palabras
—en la primera angustia de la vida—
le nacieron sus alas.

EN SUS RODILLAS

—“Siéntate aquí. Descansa, así, tu frente
en mis rodillas. . . Cuelgan en el cielo

pabellones de púrpura. ¿No sientes
de la tarde este diáfano silencio
estremecerse al son de los clarines
de altos vientos?

(Alguien ha entrado
por los arcos triunfales de los cielos.

Alguien muy ignorado,
muy dulce, muy pequeño,
alguien como un gusano de la tierra
—¿y un gusano de luz no es el lucero?—)

Ama lo puro y mínimo, y ama
ser tú mismo pequeño:
que el sol no viste sino nubes leves
del esplendor de gloria de su incendio.

Cierra los ojos ávidos, descansa,
mi pequeño . . .”

De pronto, abro los ojos . . . : agoniza
la tarde en las cenizas del incendio.
Estoy solo y con frío. Solo y frío.
Sólo cenizas. Se ha apagado el fuego.

Mi frente no descansa en sus rodillas
sino en el borde del sillón desierto.

Pero yo juraría que en mi frente
está fresca la huella de su beso
y está la tibia estela de su mano
en la ola sin luz de mi cabello.

10 CARTAS

A PEPE

Pepe,
ya podemos conversar en paz unas momentos.
He llorado junto a la montaña blanca
que cubrió tu cajón negro:
él ya no estará aquí mañana,
pero estará —como si tú estuvieras— tu recuerdo.

Las cosas en tu casa tienen
un crespón negro,
y algo como una sombra y una luz:
algo impalpable y cierto.

Los tuyos? Unidos como siempre, más que siempre
que el dolor es el lazo más estrecho.

Alice? Como tú la querías en estas horas duras:
la abeja del dolor labrando miel, adentro.

Pepito está esperando
su tren eléctrico:
por qué no se lo mandas
para esta otra Navidad, del cielo?

- A Pepe Bucheli

Porque, —tú ya lo sabes, Pepe—
sólo eso es lo bueno:
que la agonía es sólo un aleteo a oscuras
hacia un feliz deslumbramiento,
hacia ese mundo que nos abrió Cristo
con su Rostro escupido, abofeteado y muerto.

El te besó la herida de la frente
y te abrió, para siempre, la herida de su pecho.

Van a durar más días estos nardos
porque cayeron muchas lágrimas en ellos:
y las de esa viejita —la recuerdas?—
que cogía tu pan con tan dulce respeto;
las del mocoso al que en la Noche Buena diste
los últimos caramelos.

Te vamos a ayudar para que pronto subas
la azul pendiente áspera del cielo:

resultarás un angelón grandote,
trabajador, risueño:
te harás muchos amigos
en el cielo.

Cuéntale a Dios, entonces, de estas cosas
que tenemos aún acá en el suelo:
que no nos falte el pan, y sobre todo
su paz, su amor; y estén sus suaves dedos
pasando en la cabeza alborotada
de tus pequeños;
y que en la Noche Buena
te permita, en secreto,
sentarte a la puerta de tu casa a repartir a los moscosos solos
unos celestes caramelos.

MARTHA

Dios anda esculpiendo en este mundo
—y no sabemos— misteriosas estatuas.

Dio un último toque,
se retiró dos pasos, con la vista entornada,
dijo: “ya está”. Cerró el taller y encomendó a los ángeles
la estatua blanca.

Para qué más? Aún tenías
ese sutil encanto de la infancia
que en una nube —que no ven los grandes—
sin saber cómo, cabalga.
Y de la adolescencia, en el oído
el mar sonoro: azul, rumor, distancia.
Del botón y la rosa
en la frontera exacta.

Te estoy viendo en el esbozo blanco y leve
de esa Virgen de Fátima
para la que posaste un día —lo recuerdas?—
un velo blanco en torno de tu cara.

- A Martha Bucheli

Y comprendo por qué
Dios esperaba
que llegara ese instante en que tu vida
fuera ya exactamente esta figura blanca,
esta belleza esquiva,
pura y nostálgica,
para poner, con el dolor, el toque
que el artista de aquí nunca acertara.

A MARÍA

Mirando mi sotana
(te acuerdas de tu afán de pulcritud?:
yo no miro mi alma,
ahora me la miras tú)
me acerco: en la cama vacía
una sonrisa ausente de dulzura y bondad:
colmena —ahora sin abejas—
de eternidad.

Ya no están las manos de dolor que hicieron
esa aureola de amor
para tu frente pálida
desde hace tanto tiempo besada de Dios.

Ya no tus negros azores
que entre sus garras finas aprisionaban la luz
—más que esta luz pequeña y reflejada,
la otra, más allá de un invisible azul—.

A María Bucheli de Suárez

Ya no la rosa de tus labios dormida
en el beso de la Cruz:
sólo la esencia intacta de dulzura
que eras tú.

Cómo te habrá recibido allá arriba
mi dulce viejecita que tanto te amó:
qué charlas íntimas —mirando hacia la tierra—
tendréis las dos!

En tu cama vacía
nunca habrá para mí
sino la sombra azul de tu sonrisa
que me enseñaba alegremente a vivir y a morir:

a ella —pozo con estrellas—
ha de volver a buscar mi corazón
el agua de la dulzura verdadera
cuando esté por hacerse amargo mi dolor.

A GABRIEL

Para hacer la locura de escribirte,
esperé las estrellas:
sus cabezas curiosas
al borde de mi mesa;
y que el silencio entrara
por mi ventana abierta
con su carga: recuerdos,
esperanzas, tristezas, . .
¿No leen allá arriba nuestra ansiosa
dolorida miseria
sólo en cartas escritas a la lumbre
de las mismas estrellas?

¿Gabriel, por qué te has muerto
cuando el mundo es así: una tapa negra
que nos roba la azul altura límpida
y hacen falta rendijas para verla?

Y tú eras eso: una rendija humilde
de inquietudes y atisbos, que en la negra
inmensidad, unas divinas manos
dejaron entreabierta,

- A Gabriel Méndez Plancate

**En esta hora de envidias,
Gabriel, qué falta tus palabras buenas
que en el mar de las almas
hundían su sonrisa y su tristeza
por ver si al fondo hallaban, algún día,
una mínima perla!**

Para ver este mundo del que ha sido
desterrada la luz que atisba y sueña,
qué falta tu mirada
de niño y de poeta!

Ahora ya sabes
por qué la noche es misteriosa y bella,
por qué en la amarga lágrima del hombre
hay una luz secreta,
por qué sabe a incurable
nostalgia de otro mundo la tristeza.

Cómo es allá, Gabriel? Sigue creciendo
para saciarse, esta hambre de belleza?
¿ Se ve cómo abre el alba
sus pálidos cristales en la tierra?

Yo pienso que el Señor, por darles gusto
a tus ingenuas ansias de belleza,
te ha de poner allá a ayudarle al Angel
que pinta auroras y que enciende estrellas.

Adiós, Gabriel! Te acordarás arriba
—en tu mañana eterna—
de esta noche mi sola en el desierto
sin sendas?

Adiós. Adiós, Gabriel, dile a la Virgen
que no me deje solo en esta tierra
y que me baje, hasta mi paso oscuro,
la luz lejana y alta de su Estrella!

A ALFONSO

Yo quisiera poner en tu sepulcro,
como en las viejas tumbas de antes,
una inscripción alegre: “Alfonso
Méndez Plancarte
esperó en el Señor ayer: ahora
tan fuerte ya lo tiene que no hay quien lo separe”.

Alfonso, cuánta falta
vas a hacer! En ese arte
tan tuyo, de entender, más que ellos mismos,
a los poetas, esos niños grandes,
y a los que dudan, esos niños tristes,
quién podrá reemplazarte?

Pero tú eres feliz, porque la muerte
te dejó que aprestaras tu equipaje
—equipaje de sombra: vaciar todo
para dejar el alma sobre el aire—
y te fueras con gusto
a nuestra Casa grande.

- A Alfonso Méndez Plancarte

Eres feliz,
infinitamente feliz, porque ya sabes
cómo es esa belleza
de Dios que se hizo carne,
cuya presencia, aunque escondida, vuelve
esta tierra habitable.

Todo lo que en la tierra averiguamos
penosamente —el átomo y el ángel—,
de una sola mirada
en la cara de Cristo, ya lo sabes!
Y sabes el amor.
¿ Para qué más? Distante
de nuestras sombras mínimas de tierra,
háblale de nuestra alma, que aún no sabe,
que, entreviéndolo apenas entre sombras,
se siente miserable.

A ALEJANDRO

Todavía tenías en las manos
como un juguete azul, la infancia.
Tus grandes ojos negros, dos ensueños
que miraban
dulces misterios, tras la reja negra
de las largas pestañas;
y sonreída, sin saber el ceño
triste del mal, el alma.

Llegabas, de puntillas,
a ser la luz y el canto de la casa,
sin ruido,
como una suave música lejana.

Pero el misterio de tus ojos negros
como un secreto tímido encerraba
como una sombra de alas, un reflejo
de divina nostalgia.

Al llamarte la sangre adolescente
alzaste las pupilas asombradas;

- A Alejandro Suárez P.

con el juguete azul entre las manos
quedaste viendo una visión lejana . . .

Y de la adolescencia que, si enciende,
ay, cuántas veces mancha,
sólo quisiste un par de alas abiertas,
trémulas y blancas.

Y a la gran aventura, a la conquista
de la torre de Dios, alta y lejana,
te fuiste: entre las manos el juguete
de la infancia,
y las adolescentes alas trémulas
y blancas,
tu nostalgia divina
y tu dulce sonrisa desterrada.

De la gran aventura
victoriosa y lejana,
sólo el despojo aquí: en tu sonrisa
ahora más blanca.

Dicen que ver la muerte causa miedo.
Será la muerte; mas la sombra de alas
sobre tus ojos, hoy más negros y hondos,
y tu sonrisa dulce de nostalgia
y tus manos cruzadas, apretando
el intacto juguete de la infancia,
y ese beso de Dios que se ha quedado
sobre tu boca pálida,
yo me quedara viendo, con asombro
sin fin, como el que abre una ventana
sobre la noche
para mirar el alba.

A JOHN

Mister John,
me alegro de haberte ahora conocido
— mister John ya no está en la Casa Blanca
con el vaquero Lyndon:
está en la Casa del Padre,
en los ojos azules un asombro infinito,
rodeado por un grupo bullicioso
de ángeles niños
que le asedian a preguntas, sobre el Cañón del Colorado,

los rascacielos, los gringos,
Jacqueline, el pequeño John, Catalina,
los campeonatos de Base Ball, Harlem, los negritos chiquitos:
mister John sonríe, y de vez en cuando se asoma a la ren-
[dija de la puerta
por ver si alcanza a divisar los Estados Unidos—.

Para poder hablarte así, con confianza,
habría sido tan difícil cuando estabas aquí mismo:
hubiera tenido tal vez que pasar entre dos filas de Infantes
no hubiera sabido a quien pedir el permiso, [de Marina,

- A John Kennedy

si al Departamento de Estado
o al Pentágono, y me hubiera hecho un lío.

En cambio, así es tan fácil
y sencillo,
sentarse en el suelo de las nubes
del otro lado de la puerta del Paraíso.

Lo de los funerales ya lo habrás escuchado
porque todas las estaciones del mundo han transmitido.
Pero hay otra cosa mejor: muchas gentes
que nunca te habían visto
han llorado como si hubiera muerto su padre
o su hijo.

Han llorado pensando en el instante
en que —con la cabeza destrozada y un rumor lejano en el
pasabas de las manos de tu esposa [oído—
a las manos de la Virgen, como un gran niño dormido.

Todos los hombres del mundo
se han visto a sí mismos —a su yo mejor y más íntimo—
en tu sonrisa, en tus cabellos de color de roble
en tu dejo, entre marcial y desgairado, de marino;
en el gesto tranquilo por el que, con el mismo lápiz
con que escribías las notas para el Consejo de Ministros,
dirigías, feliz, la sinfonía de los primeros pasos
del pequeño John (que ahora te saluda, cuadrándose, rígido).

Tú has sabido el secreto
de ser el hombre al que el mundo ha querido
como un hermano lejano
al que nunca se ha visto.

Ya tienes una estatua
en el corazón de los niños,
en el de las multitudes que buscaban tu mano
siempre abierta, como un ancho camino.

Pero cuando te erijan una estatua,
que la hagan de granito, y la pongan muy alto, sobre el más
que quede junto al mar [alto pico

—entre dos infinitos—
para que sigas soñando en un mundo fraterno
y se posen las gaviotas sobre tus hombros de granito

—pañuelos llegados desde lejos,
mensaje del mundo que te llamará siempre amigo!

A MIGUEL

Tú en tu celeste bicicleta
—la de los alegres días
en que a Jesús llevabas, montado en la barra,
por las calles frías
de la madrugada—
y yo en mi vieja bicicleta perdida,

nos marchamos, Miguel, por los caminos
—por los caminos de las horas idas;
y de mis horas que siguen pedaleando en la tierra;
de tu hora misteriosa de allá arriba—.

Vamos por un camino
lleno de hojas caídas
doradas por la lumbre de la tarde
que dora el aire, el corazón, las cimas.
Yo no sé si es la tarde, dime:
hay también tardes en tu día?

Altos árboles alzan en sus manos
la canción de la vida:

- A Miguel Sánchez Astudillo

pájaros escondidos,
niños pobres que ríen y que gritan,
flores que dicen su lección de aroma
un motor y dos alas, allá arriba,
nuestros sueños, y el roce de las ruedas
de nuestras bicicletas en la vía . . .

La canción de las cosas en tus ojos
con una extraña lumbre brilla.

El también va esta tarde con nosotros
—El va en tu bicicleta o en la mía?—.
Va en tu paz. En el gozo silencioso
y pleno de tu alma. En tu sonrisa.
Y en mi nostalgia y mi inquietud. Uniendo
estos cabos distintos de la vida.

El camino ha empezado
a subir, y te sigo con fatiga.
Tú subes levemente, tiene alas
tu bicicleta. Veo por última vez tu sonrisa.

La izquierda en el manubrio, alzas la diestra
sin volver la cabeza, en despedida.
Hasta luego, Miguel,
hasta otro día. Hasta mi día!

ESTA...

Frente al viento fugaz de las voces humanas
que no dan consuelo,
está el árbol de tu Fe que se alza
mirando al cielo.

Sobre él, las voces puras de los ángeles
y los ojos de ella para siempre abiertos.

Su dulzura que fue pan del camino
del destierro;
la lámpara de amor que fueron siempre
sus ojos buenos;

la sencillez, la paz que en sus palabras
y en sus manos humildes florecieron;
todo ese aroma que guardó su vida
de candor evangélico

- Al amigo huérfano Leonidas Proaño

por bendecir mejor, se han ido arriba
y son tan sólo tuyos desde el cielo.

Sólo la herida abierta sangra abajo
y se baña con lágrimas del tiempo.

¿ Puedo dejar junto al dolor sin nombre
este amor de amistad que ora en silencio?

No te digo palabras,
hermano, sólo quiero
ayudarte a tener firme y erguido
el árbol de tu Fe que mira al cielo.

BODAS DE PLATA

“Te acuerdas? . . .” así comenzaba una carta
al año de tu partida.

Ahora, después de seis años
tu memoria está en mí más despierta y más viva,
y tiene sangre fresca
la antigua herida.

De la vieja casa que fue nuestra
—con las ventanas curiosas de nuestras pupilas,
enladrillada de recuerdos
y con el techo loco de nuestras alegrías—
sólo queda esta grada: por ella baja mi infancia
montada en la barandilla.

Ni el jardín, ni la huerta. Detrás de un muro nuevo
el pasado, sin rostro, me mira.

Sentémonos aquí los dos
poniéndole un pretexto a la inquilina.

Después, me iré de nuevo a la calle,
llevándome en la frente, como una luz, tu sonrisa.

Me han dicho cosas muy hermosas
y demasiado buenas estos días
(¿te acordabas que hoy cumplo las bodas de plata
de mi primera Misa?).
Pero nada podrá remplazar nunca
la misteriosa dulzura de tu triste sonrisa
y tus palabras que no mienten:
“no te crearás, mi Curita . . .”

Cógeme bien la mano con tu mano morena
y déjame en ella tu eterna caricia.

Después me iré de nuevo, como un extraño:
porque casa sin tus flores, tus plantas, tu sonrisa
y el trajinar incesante de tus pasos “menudos,
ya no es casa mía.

Voy a armar tu recuerdo al aire libre,
bajo la azul mirada de la Providencia Divina
y bajo el sol y la lluvia
sobre la orfandad de mi vida.

AÑO NUEVO I

Madre, te acuerdas del otro año
cuando a la madrugada volvía de mi Misa?

Para no despertarte
entraba de puntillas.

Mas tus brazos despiertos me esperaban:
"feliz año!" Y tu beso. Y tu sonrisa.

Pero hoy, ¿ para qué entraba
de puntillas?

Qué sueño tan pesado el de tu cuerpo
bajo la losa fría,
y qué velar callado el de tu alma
allá arriba!

Por eso me quedé vagando un poco
por las calles perdidas...

Dios en mi pecho, y tu recuerdo; al lado
la soledad, como una pobre niña,
íbamos esta noche disfrazada
de alegría.

Vieras qué desperdicios de la fiesta
dejó en las calles la ciudad bebida:
papeles sucios, trapos,
montones de ceniza...

Y aquel muchacho pobre, perseguido
por tres galgos con gorros policías.

¿Habrás robado un poco
de mezquina alegría?
Entre dos filas quietas de automóviles
corría.

De las ventanas rútilas bajaban
la música y las risas
de los otros... que no necesitaron
robar un poco de mezquina dicha.

Dios está triste en esta noche oscura
que salta disfrazada de alegría.

Yo quisiera cantarle suavemente,
pero no sé cantar... Y de puntillas
llegamos a la puerta, aunque sabemos
que nadie nos espera en esta fría
noche para decirnos: "feliz año!"
y encendernos la luz de una sonrisa.

Por eso, al regresar en esta madrugada,
mientras cae del cielo calladamente el Año recién nacido,
Marchando por la calle oscura, sucia y triste,
siento al Niño Jesús en mi corazón dormido
y en mis labios la queja: “mamita . . .”
del niño perdido.

AÑO NUEVO II

En una noche así —te acuerdas, madre?
recién te habías ido—,
al volver de mi Misa a medianoche
me quedé por las calles, como un niño perdido.

Hoy, también al filo de la media noche
—lejos el humo de los “años viejos”, y los gritos—
vino a mi encuentro por la calle sola
una queja: “mamita! . . .” y el llanto de un niño.

Lo cogí de la mano y nos fuimos juntos:
eras Tú que en la noche te habías perdido
y vagabas por las calles, solo,
para encontrarte conmigo.

Niño Jesús, asustado,
llorando bajito,
más verdadero que el de los “Nacimientos”
con tu naricita roja por el llanto y el frío.

Y, mientras celebraba yo mi Misa
y estabas recostado en blancos linos,
cómo estabas al mismo tiempo en un banco de la iglesia
profundamente dormido!

SOLEDAD I

He venido a comerme
mi soledad y un poco de pan negro.
Sólo el campo
es solo y triste, acogedor y abierto.

Basta este trozo verde
con sombra y con quietud, para mi cuerpo;
sólo para mis ojos
no bastará ni este horizonte inmenso.

Alzo los ojos y descubro absorto
que aquí es más grande el cielo
y más triste y azul. . . : serán mis ojos
que hacen hoy triste todo lo que veo?

Tú has hecho que creciera aquí este árbol
tan alto y recto,
para que me acaricie con su sombra
y con sus manos mudas muestre el cielo.

Si mi madre me viera así, comiendo
como un niño sin techo
este poco de pan con este poco
de soledad, de frío y de silencio,
pensaría: se habrá vuelto loco mi hijo?

Pero si me mirara desde lejos
los ojos, pensaría:
Dios bendiga tu amor y tu pan negro!,
me besaría las pupilas tristes
y me diría: ¿qué mejores techos
que mi recuerdo y la callada sombra
de este árbol de Dios que mira al cielo?

LUCERO DE UNA ETERNA AURORA

Se hizo el dolor más puro y resignado
mientras subía tu lejana huella:
hoy es el pozo diáfano y callado
en que palpitas tú, como una estrella.

El hilo de la sangre del costado
—el adiós, la nostalgia, la querella—
en leve hilo de luz transfigurado
va en busca de tu luz, que allá destella.

La humilde Fe de tu alma clara y buena
llenó de paz las almas intranquilas
y de esperanza fiel la amarga hora:

por eso, en nuestra noche, ya serena,
es la remota luz de tus pupilas
suave lucero de una eterna aurora.

* Ibarra, octubre de 1954.

AL AMIGO QUE SE FUE

Buen hermano que hollaste mis senderos
y sentiste el dolor de sus abrojos
escondidos:

por la noche, en los pálidos luceros
me parece mirar tus tristes ojos
doloridos.

Con la serena claridad de tu alma
dejaste en mis recuerdos esta huella
breve y viva;

por eso en noches de serena calma
me parece mirarte en una estrella
pensativa.

Eras, hermano, huracán y dolorido,
como los cardos de una vieja senda
polvorosa;

pero estabas —como ellos— florecido

para Dios con tu flor: la roja ofrenda
silenciosa.

Y pasaste cantando inquietamente
con los ojos y el alma siempre ansiosos
de descanso.

Y cantas hoy en la anhelada altura
el canto misterioso de las almas
virginales;

y llevas en mano —buena y pura—
por tus viejas heridas, nuevas palmas
inmortales.

Hermano que dejaste en nuestros vasos
la fragancia sutil de tu redoma
fiel y austera,

no han roto las distancias nuestros lazos:
hoy, en la Patria, sé nuestra paloma
mensajera!

ADIOS

Así está hecho nuestro corazón:
nos sentimos más juntos
al decirnos adiós;

y al sentir que se alargan
las distancias de afuera,
nos buscamos adentro
para hallarnos en Dios.

Se arrojan al olvido las escorias
porque quede tan sólo en el recuerdo
—vivo en el corazón—
lo que en los días jóvenes y claros
nuestras vidas unió,
lo que perdura cuando todo pasa:
la caridad en Dios.

Se arrojan las escorias que dividen,
porque la muerte es eso: desunión;
y hallamos a la vida más que nunca
abriéndonos los brazos
al decirnos adiós.

SOLEDAD II

Más cercano y presente
aquí, Señor, al corazón atento.

Porque es aquí la soledad más sola
y más mudo el silencio.

Y sobre el aire intacto,
más ingenua e infantil la voz del viento.

Porque detrás del verde de los montes
asoma más azul su azul el cielo,

Y otros montes su azul de lejanía
recortan sobre nubes de albos velos,

y son más solitarias las montañas
y los hombres más pocos y discretos,

y nos defienden de la vida culta
las tormentas del páramo desierto,

y están más junto al corazón lejano
los que quedaron lejos.

Y donde todo es más sencillo y claro,
más límpido y austero,

callan todas las voces de los hombres
para escuchar —prendida en el silencio—

Tu voz que llena las montañas solas
y el solo azul del cielo.

Tu voz que llega cuando el alma escucha
de rodillas, a solas, en silencio.
!Gracias, Señor, por las montañas solas,
por el azul, el alma y el silencio.

50 AÑOS

La misma vieja mesa de los días felices . . .
Los hijos que llegaron desde rutas lejanas,
del mar y de la vida,
del tiempo y la distancia;
y los que se vinieron desde el cielo
en el vuelo sin tiempo de las almas,
han hallado la silla conocida,
la de los dulces días de la infancia . . .

Y en sus hombros amantes descansando
de lejos han llegado otras hermanas;
y en sus brazos floridos, la sonrisa
que vuelve en la dulzura de otra infancia.

Y la casona inmensa se estremece
—como en las horas dulces y lejanas—
despertando la voz de los recuerdos
de frescos gritos y de risas claras . . .

Cincuenta años que pasan. Con la aurora
encendida en la luz de una plegaria,

temblorosa de trinos,
y olorosa a las flores de las matas.

Los mediodías . . . Gritos de la turba
que vuelve de la escuela: la algazara
que los pilares rojos, sonriendo,
a los cielos alzaban.

El retozar bajo las rojas cúpulas
del ocaso incendiadas . . .

Las tardes que bebían
del pozo aquel las pensativas aguas.

Las noches de los cuentos
de duendes y de hadas

que hicieron sonreír en nuestros sueños
los países azules de la infancia.

Las frutas de la huerta, que nos saben
a nombres dulces y a nostalgia amarga . . .

Y . . . los pañuelos de las despedidas
duras y largas.

Pañuelos que se fueron: sobre rumbos
incógnitos: las gaviotas nostálgicas
que huyeron a otro mar, bajo otro cielo,
y no olvidaron la nativa playa.

Y del desierto gris también se acerca
una cansada, lenta caravana . . . :

y sobre el uniforme del ausente
—la joven flor tronchada—
reverbera la luz del heroísmo
sobre la arena gris de la nostalgia.

Al llegar las camellos del recuerdo
empolvados de tiempo y de distancia,

los llevamos al pozo de otros tiempos
en el que vela aún el agua clara
traviesa de los pájaros de siempre
en los árboles fieles de la infancia.

Nos vemos en los ojos: no ha pasado
el tiempo en el reloj de nuestras almas.

Y —vértigo y abismo de dulzura—
todos —un mudo ardor en una llama—
comimos del divino Pan de Cristo
en la indecible paz de esta mañana.

y hubo en él un sabor dulce y amargo
de amores, de recuerdos, de nostalgias.

Por eso el pan de nuestra vieja mesa
que comemos, cruzando las miradas
de los que estaban y de los que han vuelto

—sin decirnos palabras—
nos sabe a amor de cielo
y a eternas esperanzas!

POR LOS TRISTES SENDEROS

HERMANO

Dónde han ido las flores de la huerta?
Las flores de la infancia y de la vida?
—Unas se fueron con la hermana muerta
y otras se fueron con la hermana ida.

Para el muñeco ingenuo de la infancia
está muy grande y ruda nuestra mano...:
pero la blanca luz y la fragancia
se refugió en tu corazón, hermano.

Y tus ojos que brillan de futuro
guardan las alegrías del pasado:
el amor y el recuerdo son un muro
a cuya sombra nos hemos quedado.

Una mirada fiel y dolorida
une nuestro destino y nuestra suerte,
sobre las dispersiones de la vida,
hacia el seguro encuentro de la muerte!

III

NARDOS

Frescos, intactos,
desde el altar del corazón os miran
los nardos que aquel día perfumaron
la aurora de la dicha.

En la mañana del amor, absortos
se han parado los días:
de la llama serena y palpitante
no han caído cenizas.

Y, desde el fondo del amor —los brazos
abiertos a abrazar vuestras dos vidas—
ha venido por fin el deseado
lazo eterno de sangre y de sonrisa.

Y, junto a vuestras frentes inclinadas
sobre la cuna frágil y querida,
un ángel vela sobre tres destinos
llevados de una mano pequeñita . . .

Más allá del tiempo

RECUERDOS

Recuerdos,
consuelo y martirio del alma.

Recuerdos,
imágenes vivas de cosas amadas,
sonrisas y besos de labios maternos
—el alma de todas las cosas lejanas,
las cosas desiertas, las cosas perdidas—.

Los muros amigos de la vieja casa,
el huerto florido que en días ya ausentes
unió la sonrisa de sus rosas blancas
a nuestras ingenuas sonrisas de niños.

Recuerdos, palomas que parten al alba
y todas las tardes retornan al nido
trayendo una vieja canción en sus alas.

Recuerdos: los ecos de ingenuas canciones
que vibran aún en el fondo del alma,

los rezos primeros
que dicen los labios con hondas nostalgias.

Recuerdos,
fulgores inquietos de estrellas hermanas
que alegran los largos senderos oscuros
cuando hay en el alma tinieblas y lágrimas.

PALABRAS DE CENIZA

CENIZA

Miércoles de ceniza:
en los cuatro rincones de la tierra,
pobres hombres que dicen palabras de otra vida

con su labios de polvo
sobre cabezas bajas y frentes pensativas,

—en el alma, la cara de la muerte,
y en la frente una sombra y una cruz de ceniza—.

“Tú que tienes las luces sonrientes
a flor de las pupilas,
y los caminos rojos de la sangre,
acuérdate que un día
serás un hueso blanco sin caminos
y dos cuencas vacías. . .”

Amargo entre los labios
el residuo de todas las dulzuras efímeras;

polvo vacío sin sabor de Cristo,
ceniza de la vida.
Sabor crudo y amargo
de la verdad desnuda y repentina:
pavesas en las manos de la muerte
los harapos de vida
que escondemos de Cristo:
sólo, solo ceniza.

Cuántas breves bellezas de relámpago,
cuántas caras de un día!

Los cuerpos y las cosas, un fuego que se apaga...
y en un montón informe de ceniza
escarbarán los ángeles
nuestros huesos de un día,
y a imagen del alma pondrán la carne nueva
para la nueva vida.

Tú que volviste a Lázaro
del fondo del abismo de ceniza,
y llevaste a la muerte de la mano
—confusa y dolorida—
por las cárceles negras de la espera
sin luz de la otra vida,
y volviste con ella de la mano
a la luz de la aurora, al tercer día,

Tú que eres para mi alma
todo lo bueno que hay en esta vida,

quítame de mi frente y de mi pecho
las dolientes mentiras,
y dame —con tu amor y tu palabra—
una cruz de ceniza.

“PAZ, PAZ, OH JESÚS...”

Señor, la paz sobre la tumba de nuestro Padre muerto!
La fiebre de tu paz aún palpita bajo su pecho yerto.

Mi voz huérfana y sola sobre el mundo enlutado
repite la palabra de paz que ya no escucha su corazón callado.

En la paz de la noche, sobre la plaza inmensa,
donde la voz de las fuentes invoca a la mañana,
ya no vela en la sombra solitaria y ardiente la luz de una ven-
[tana . . .

Sobre el dolor del mundo se ha detenido sigiloso el viento,
y sobre los labios de la Roma eterna se ha detenido el aliento.

* * *

Señor, la paz al mundo por la plegaria trunca sobre el labio
de nuestro Padre muerto! [yerto

Por su palabra clara —sobre nuestras tinieblas como una alta
por su palabra serena e inflexible que golpeó [luz—
todo signo erguido contra el signo de tu Cruz.

Por su pobre cuerpo crucificado en el largo dolor,
por su corazón inmenso crucificado en el universal amor.

- En la muerte del Padre Santo, Pío XI

Por todas esas cruces que gravaron sus hombros:
por la caridad sin vida, por la esperanza en ruinas y por la
[fe en escombros.

Por las selvas germanas, donde el antiguo orgullo visionario
ha hincado sus garfios en la Cruz del Calvario.

Por los campos de Rusia, flagelados del hambre del cuerpo
[y del alma;
Por la tierra de México en que erigieron los mártires su valor
[y su calma.

Por su dolor de España, las de todos los frentes, eternas Es-
[pañas:
no la llevó en dolor como la madre al hijo en sus entrañas?

Por todas esas cruces, por todos los dolores que su corazón
[ha sentido y sus ojos han visto,
la paz sobre su tumba, paz de Cristo en el reino de Cristo!

Sobre la cruz de Pedro, con los pies hacia el cielo,
“con los ojos nublados por la sangre que cae sobre la cara y
[se desliza hasta el suelo”,

él también ya se ha hundido en la Cripta —la Iglesia en las
[sombras misteriosa e interna—
piedra de los cimientos de tu Iglesia eterna.

* * *

Y mañana
sobre la sombra absorta de la plaza inmensa volverá a velar
[la luz de una ventana:

Por su pobre cuerpo crucificado en el largo dolor,
por su corazón inmenso crucificado en el universal amor.

Por todas esas cruces que gravaron sus hombros:
por la caridad sin vida, por la esperanza en ruinas y por la
[fe en escombros.

Por las selvas germanas, donde el antiguo orgullo visionario
ha hincado sus garfios en la Cruz del Calvario.

Por los campos de Rusia, flagelados del hambre del cuerpo
[y del alma;
Por la tierra de México en que erigieron los mártires su valor
[y su calma.

Por su dolor de España, las de todos los frentes, eternas Es-
[pañas:
no la llevó en dolor como la madre al hijo en sus entrañas?

Por todas esas cruces, por todos los dolores que su corazón
[ha sentido y sus ojos han visto,
la paz sobre su tumba, paz de Cristo en el reino de Cristo!

Sobre la cruz de Pedro, con los pies hacia el cielo,
“con los ojos nublados por la sangre que cae sobre la cara y
[se desliza hasta el suelo”,

él también ya se ha hundido en la Cripta —la Iglesia en las
[sombras misteriosa e interna—
piedra de los cimientos de tu Iglesia eterna.

* * *

Y mañana
sobre la sombra absorta de la plaza inmensa volverá a velar
[la luz de una ventana:

Tú mismo, vuelto al mundo por el indeclinable reclamo
después que el nuevo Pedro por tres veces te diga: “. . .Tú
[sabes que te amo”.

Pero él —nuestro Padre— que cayó bajo el peso de todos
[nuestros odios y nuestras pesadumbres,
no volverá ya más, en su vestido blanco, a pacificar nuestras
[incertidumbres.

Hoy, por eso, mi voz, huérfana y sola sobre el mundo enlu-
[tado,
repite la palabra de paz que ya no escucha su corazón callado.

Señor, por la salud del mundo dolorido e incierto,
tu paz sobre la tumba de nuestro Padre muerto!

MUERTOS DE ESPAÑA

En la paz fatigada de la tarde
pasan tambores –los caminos tiemblan
al paso de los novios de la muerte
y el ímpetu de España que despierta...

y responden: ¡Presente!
“los que hacen la guardia en las estrellas”.

“Alto de los leones”: nombre de almas y aceros
amasados con sangre y con claror de luceros

por los que descansaron, el alba del asalto,
en las trincheras mudas y cerradas al Alto...

Brecha de Badajoz, por donde entró el coraje
como un viento impetuoso que talara el paisaje:

boca abierta en el muro solemne y solitario
que guardó la sonrisa de un muerto legionario...

Qué temor de emoción, indecible y extraña,
cuando el señor heroico del Alcázar de España,
cuadrándose ante el jefe, dijo sencillamente:
“Señor, sin novedad el Alcázar: ¡presente!...”

Y esos hombres barburos –esqueletos y harapos–
saludaban erguidos los santos, rotos trapos,

que eran de un muro trunco, calcinado y sangrieto
el alma de la Patria besada por el viento...

Frente al alba,
entre las sombras que se alejan y las sombras
que avanzan;

levanto mi plegaria
cara al cielo constelado de palmas:

junto a las manos frías y cruzadas
–bendiciones inmóviles y blancas–
de diez mil Sacerdotes que han triunfado,
ruego por los hermanos que quedaron
(hermanos que cavaron dos trincheras
en la misma heredad dulce y materna...)

Y al ver sobre la nieve una cara morena
con un hilo de sangre sobre la frente buena,

–como un águila joven descansando en un risco
para el último vuelo–, te he mirado, Francisco,

soñar, bajo la bóveda de tu noche africana,
en esta España nueva de esta triunfal mañana:
la imagen de la Virgen entre tus dedos yertos
y el sabor de su nombre sobre tus labios muertos.

Soñar: llena tu inmóvil, pupila sin mañana,
de la mirada insomne de la madre lejana...

Hermano mío, alférez de la loca vanguardia
que ha avanzado hasta el cielo para montar la guardia

sobre el río de sangre, de dolor y heroísmo
que ha lavado a tu España, con un nuevo bautismo...

El soldado que vela solo en la noche sola
se yergue ante la sombra solitaria de Mola

que pasa –cabalgando sobre el nocturno viento–
silenciosa revista frente a su campamento...

Con hélices de astros, los pálidos pilotos
reanudan sus vuelos tempranamente rotos,

y miran a su España –contenido el aliento–
en silencioso vuelo de reconocimiento...

Los marinos que fueron –bajo el azul sin huellas–
en busca de Escuadra, su honor y sus estrellas,

hallaron bajo el agua inquieta y soñadora
uniformes azules de océano y de aurora...

Junto al alma de España –Cruces, madres y flores
 canciones y heroísmos, y recuerdos, y amores–,
 están velando todos los muertos de la guerra,
 ¡presentes... en el cielo, en el mar y en la tierra!

MARISCAL DE AYACUCHO

Mariscal de Ayacucho!
Casi adolescente —claro ángel desnudo—
subiste, como en sueño,
los esquivos peldaños del poder y de la gloria,
sin mirarlos siquiera,
como los caballeros
de las antiguas gestas más heroicas.

Jinete sobre un rayo
blanco y fulgurante
te bebiste los vientos de tu Patria
la de tu nacimiento
y la de tu corazón.

Leal y generoso,
humilde y transparente.
le saludaste a Cristo,
al volver de la cumbre libertada,
con la desnuda espada victoriosa.

No podías morir sobre tu lecho
ni en la violencia ruda del combate,
sino en el misterio
de un arcano holocausto:
mártir, testigo del que dijo:
"nadie tiene amor más grande
que el que es capaz de dar la vida":
segado como un trigo
impoluto y fecundo
por una mano lóbrega y traidora.

Seguirás cabalgando en tu caballo blanco
sobre la noche iluminada del futuro
como el héroe más puro
de tu América india y española.

DESPEDIDA

Cómo pude vestirme con mis manos,
cruzar tus manos frías sobre el pecho,
darte tu Crucifijo
y al fin . . . mirarte muerto?

Sobre la tempestad que azotó el alma
ha venido el silencio:
de rodillas con él, te estoy mirando
dentro de ese cajón, tan largo y negro.

Sobre la cabecera, el Crucifijo
abre sus brazos yertos:
no eres el mismo acaso,
el amigo de Lázaro? Maestro,
si Tú hubieras estado
aquí, mi hermano no se hubiera muerto!

—“Há de resucitar al fin tu hermano:
sobre su polvo están mis brazos yertos”.

Cuatro cirios que alzan
su tenaz esperanza hacia los cielos:

en su llama se queman
el corazón, las lágrimas y el tiempo

Con los ojos sin luz, el alma ausente
y el corazón enfermo,
qué largo es el camino
hacia la casa muda de los muertos!

Sobre la puerta oscura,
frente a los nichos negros,
las palabras de aurora,
de victoria, de luz y de consuelo.

Del abismo sin fondo de la muerte
sólo han vuelto los labios del silencio,
las pupilas con luz de la esperanza
y el corazón dolido del recuerdo.

HEMOS DE CONVERSAR TODOS LOS DÍAS

Muerte,
hemos de conversar todos los días.

Cuando esté —como hoy— sin fe en la vida,
todas las ilusiones
como las hojas secas,
y mi alma
como rama desnuda contra el cielo,
en tus cuencas sin lumbre
he de encontrar mi nueva fe en la vida.

Cuando todas las almas
que mis ansias insomnes
quieren llevar a inaccesibles cumbres
sean sobre mis alas
sólo un peso de carne y cobardía,
tú me dirás: espera,
muere todas las horas:
del grano muerto ha de brotar la vida.

Cuando el trabajo lento y silencioso
encadene mis sueños,
tú me dirás: aguardame!
he de venir tan pronto
a hacer vida y lumbre
sobre tus huesos muertos
todos tus sueños vivos.

Cuando en la sombra de las noches solas
aguarden mis pupilas las lumbres que no acaban,
tú me hablarás
de esa noche del polvo que fue cuerpo
con lumbres inmortales para el alma.

Muerte,
hemos de conversar todos los días.

SOBRE EL LINDERO

Te hallo otra vez, sentado al borde
de tu cama desierta.

Delo:
cuántos años que tu cabeza rubia y crespa,
inquieta y cantarina,
es una silenciosa calavera!

Pero somos los mismos:
como antes de la hora clara y negra
en que cerraste en paz tus dos pupilas
limpias y buenas.

Como esos días últimos
nos sentamos al borde de tu cama desierta.

Sobre tus ojos claros y leales
el asombro sin fin de las cosas eternas.

Y conversamos de esas mismas cosas
—pensábamos ya entonces en la Ausencia—.

Tu mano pálida de tísico y de muerto,
en mi mano morena
mezcla el dulce y las uvas de esos días
al pan negro de hoy de mi alma inquieta.

. . . Se ha callado el recuerdo, y me he quedado
yo solo en el lindero de la Ausencia.

Hasta luego no más! . . . Pronto veremos .
desde la paz eterna,
estas cosas de hoy, con otro asombro,
olvidados del tiempo y de la tierra.

Hay afectos eternos e ideales perennes,
y hay ojos que no engañan y hay almas que no ol-
[vidan.

Y si algo se muere entre tus manos,
levanta el corazón en tu sonrisa:
la vida que no muere, esa más tuya,
crece con cada muerte de la vida!

MUERTES DE LA VIDA

No temas a la muerte
porque hay muertes más muertes en la vida:
muerte de los afectos a las puertas
mudas, cerradas, de las almas frías.

Muertes de las ingenuas ilusiones
atropelladas en las calles frívolas.
Muerte del ideal, asesinado
por la palabra artera o la infame sonrisa.

Muerte de la esperanza y del anhelo
(puñal de vanidad o cobardía).
Muerte de la confianza ante los ojos
que nos dan en su luz una mentira

Y la muerte más muerte del olvido.
Cuántas promesas de recuerdo hundidas
en la fosa sin fin de los olvidos!
Cuántas serán las almas que no olvidan?

Mas confía, que hay vidas que no mueren,
por todas esas muertes de la vida.

IV

Noche Buena

LA NOCHE

Porque ésta es la Noche
que ha despertado al Día
porque la muerte muere
cuando nace la Vida,

vengo, ciervo sediento
del manantial de vida
a beber, en tus manos,
el agua escondida.

Desde mis soledades
buscando la salida:
tu Corazón de Niño,
bálsamo a mis heridas.

Del dolor de la ruta
en las sombras perdida,
al gozo de la lumbre
de tus pupilas niñas.

Del anhelo sin grito,
y sin voz, ni armonía,
a la canción soñada...
sin saber cómo, venida.

NOCHE BUENA I

Noche azul, honda y serena
sobre el mundo negro y frío.
Noche cuajada de todas
las auroras de los siglos.

(¿Con qué ternura sin nombre
te vuelve a traer el Niño?...)

Sobre el aire de la noche
—claro y tímido—
el cántico de los Angeles
se ha quedado suspendido.

(Músicas hechas de trozos
de corazones de niños,
de dulzuras y esperanzas
y de amores infinitos:
músicas de Noche Buena
que otra vez nos vuelven niños...)

Un silencio claro y hondo
mece el angélico himno
que vuela sobre la noche
de azul, de nieve y de frío.

En la cueva humilde y trémula
la Virgen adora al Niño.

(Dulce pequeñez inerme
del Niño Dios escondido
que en la Hostia diminuta
más nuestro es hoy y más niño...)

En el corazón ansioso
del triste Pueblo Escogido
estalla en sollozo inmenso
la ternura de los siglos.

(Y cada año rompe el mundo
su corazón dolorido
en una extraña ternura
sumisa y débil de niño...)

En el viejo firmamento
un astro recién nacido.

(Y ¿en qué corazón no ha abierto
—sobre el mundo en paz dormido—
una estrella clara e ingenua
su ventana al infinito?...)

Desde el fondo de la noche,
por el desierto dormido,
escoltada de luceros
y misteriosos sigilos,
avanza una caravana
hacia la aurora del Niño.

(¡Oh indecible caravana
—ingenuo color de armiño—
lejana infancia que vuelve
desde el desierto perdido,
el corazón rescatado
por Jesús recién nacido!...)

Noche azul, dulce y serena
sobre el mundo negro y frío,
noche cuajada de todas
las auroras de los siglos!

HIEL

Maestro, hoy he sentido
hiel en el agua que a mis secos labios
ha acercado un hermano
—la hiel mezquina del desprecio—. Fría
se ha filtrado en mi pecho, y ha escondido
en mi boca sus ásperos resabios.

No sé por qué, mi orgullo tan humano
no ha vibrado en el pecho. Pero había
en mi alma una nube de tristeza.

Mas te he visto, Jesús, pobre y desnudo,
tan pequeño en la rústica aspereza
de tu pesebre, tan inerme y mudo,
que he sentido esfumarse como un sueño
mi nube de tristeza, y he anhelado
ser así, tan humilde, tan pequeño
como Tú, Niño Dios, que me has amado
sin desdeñar mi pobre vida oscura.

Como las nubes al soplar la brisa
se ha disipado toda la amargura,
y mi alma ha dejado una sonrisa
en lugar de la hiel, sobre esa mano:
y en la gota de miel —breve dulzura—
halló mi voz esta palabra: hermano.

MEDIA NOCHE

Medianoche. Silencio. Nieve. Estrellas.
Media noche divina!

Pero en la media noche de la calle
me encontré con el mundo que ofrecía
sus paquetitos de papel brillante
anunciando: alegría!

Ebrios de alcohol, de carne,
de doradas mentiras,
de una soberbia triste que ellos llaman
su gran filosofía,
de ensangrentados odios,
de dolor y de envidia.

Y en paquetitos lindos y brillantes
rifaban: alegría!
(mientras en algún mísero tugurio
los niños pobres lloran y tiritan).

Y jugaban, hastiados, con la muerte
y con la suerte esquiva,

con sus cuerpos ardientes
y con sus almas frías
—esos juguetes tristes de los grandes,
sin paz y sin sonrisa—.

Dónde se han ido, Niño Dios, los niños
esta noche divina?

Y me refugio en la perdida gruta
en que naces hoy día:
la gruta de la infancia
sin riquezas, sin odios, sin envidias;
la gruta a la que llegan, de la mano,
el niño hurraño de la poesía
y el ángel de la música que llora
sus dos alas perdidas;

las caravanas lentas de camellos
y dromedarios de Madián que miran
—por el azul desierto de los sueños—
los ojos de la infancia adormecida...

Y confundido —para que me aceptes—
con esa turba ingenua que te brinda
con su cariño el único juguete
que en el mundo hay de luz y de sonrisa,

yo te ofrezco el juguete de mi infancia,
opaco por el polvo de los días,
roído por el tiempo
y roto por la vida...

Y tus manos pequeñas
—esta Noche que brilla más que el día—
prenderán mis auroras apagadas...
esta Noche divina!

EL QUINDE

La tierra que te canta
en la orquesta gigante
y azul de sus océanos,

en el coro invisible
—sólo voz y carrera— de los vientos,

en el silencio
sin horizonte, estremecido, ardiente
del desierto,

siente que hoy le ha nacido
un Niño
ante quien se arrodillan
la inmensidad, la altura y el abismo.

Para llegar a Tí se ha vuelto niña,
Niño Jesús, en esa Noche
–Noche Buena del cielo y de la tierra–,
y trae entre sus manos
esta míniva y viva
esmeralda que tiembla
en el cofre armonioso de su nido;
y abre la aguja larga de su pico
para cantarte el canto más pequeño
–casi sólo un quejido–.

¿Lo oyes, Niño Dios? –En él te adora
todo lo que en la tierra
hay de pequeño, frágil, indefenso
-de amor que se abandona–
todo lo que hay de niño.

CANTO DE LA NOCHE QUE SE VA

Desde la noche
esperando la luz, se alza mi canto:

desde el fondo sin fondo de la Noche,
de la Noche más noche y más aurora,
sombra y luz del misterio
que un día se hará carne.

Desde el alba asombrada
del Génesis lejano que prepara
la muerte del pecado, y la Promesa
–la Rama de una Virgen y una Flor
que descifran, unidos, el arcano
de la muerte y la Vida–.

Desde el padre Abraham que nos enseña
a ver sin ver, y a esperar
lo que no llega todavía.

Desde el vagar insomne: cuarenta años
de hambre y sed y desierto hacia la cueva
de la “Ciudad del Pan”

Desde los siglos duros
de luces y de sombras
del pueblo que vivió para “el que llega”
y que cuando llegó cerró los ojos
-pero los abrirá cuando El regrese--.

Desde las voces
anhelantes y obscuras que anunciaron
la Palabra
que nos abrió el misterio
divino con humanas
palabras comprensibles
y simples como el pan,
las flores y los pájaros.

Desde la noche larga, caminando
con todos los que esperan:

los que esperan la luz, mientras avanzan
a ciegas, con las manos extendidas.

Los enfermos del cuerpo
y del alma que aguardan
la Voz amiga que les mande:
levántate y anda!

Los que andan solos
entre la multitud, con la esperanza
de hallar la compañía
del Amigò soñado que no falla.

Que obscuramente sienten
que debe haber un Dios que entienda
todo lo que hay al fondo

del corazón agónico, insaciable
del hombre, y pueda darle
el Agua eterna que da vida y sacia.

Los que arrastran, cansados,
el hombre viejo, y buscan
el Rostro del Infante prometido:
espejo, fuente y gozo de la Vida....

con ellos, para ellos,
desde la noche que se va, Dios Niño!,
hacia la luz naciente de tu aurora
se alza mi canto.

CAMPANAS DE NOCHE BUENA

Campanas que desgranán'
sobre la tierra puesta de rodillas

esperanzas, amores y recuerdos
en clara melodía.

Campanas de esta noche —Noche Buena!—
con gargantas de niñas...

Caravanas de voces que nos llegan
desde edades perdidas,
con húmedos fulgores de mañana
temblando entre las viejas profecías.

Voces de miel que bajan de los cielos,
acordes que destilan
dulces nubes extrañas
de ternura y asombro estremecidas.

Cantos que suben desde el fondo triste
del corazón, lavados de alegría,

como niños que llegan de la noche
cantando hacia la luz recién nacida.

Campanas cuyas voces
juegan sobre la nieve alegre y limpia,
con los niños, la brisa, las estrellas
y mi ingenua esperanza y mi sonrisa.

Campanas que nos llevan de la mano
ante la Cuna rústica y divina...
—ay de aquel que no siente
cantar estas campanas en su vida!—

Todo se vuelve un caricioso arrullo
ante la dulce Cuna de la Vida...
—ay de aquel que no siente
siquiera en esta Noche el alma niña!—

ORACIÓN AL DIOS NIÑO

Frente al pesebre de siempre
–simple, irremplazable, íntimo–
mientras por una Noche se esconden
el miedo, el odio, la amargura de siglos
te digo mi oración sencilla e ilusionada
Dios Niño:

pon en el pecho del hombre
el corazón de carne prometido
haz que le sepa a estiercol el dinero
y a miel un pan humilde compartido.

Que la alegría de otro mundo alumbre
el mundo de la infancia ensombrecida.
Y a mí, en el cansado pecho ponme
un corazón de niño.

CAMPANA

De nuevo hacia tu encuentro Noche Buena
Noche del alma:
despiertos, otra vez, del sueño oscuro
por la voz matinal de tu campana
que de la noche sale, otra vez, cantando
su porfiada, tenaz, dulce esperanza.

De todos los confines de la tierra,
llamados por la misma voz arcana:
la sonrisa de Dios, Niño, dormido
en la total pobreza de unas pajas.

Todo lo viejo y triste de la tierra
cae, como una escama
entre silencios de ángeles, absortos
y risas de demonios, amargadas;
y canta la alegría de los cielos
en nuestras almas y tu voz, campana!

cargando cada uno
su sola soledad y su silencio:
Gloria a Dios que es Camino y es Palabra,
Paz a los hombres
que se encuentran, se acercan y dialogan
para hacerse capaces
de llegar algún día a compartir
el mismo pan y la misma esperanza!

NOCHE BUENA II

Hermano, hermana,
amigo, amiga
¿por cuánto tiempo nos ha dividido
la pared del silencio?:
la han derribado ahora las campanas
ilusionadas de la Noche Buena.

Por encima del odio,
del miedo, de la duda, del recelo
que aherrojan al mundo y lo dividen,
cantemos juntos, otra vez, el canto
tenaz de la esperanza que no muere,
en la absorta, iluminada pesebrera
en que Jesús viene a nacer de nuevo.

Unamos, otra vez, como si fuera la primera,
con El, los corazones y las manos
para llevar, cantando, una palabra
recién nacida
de reconciliación, de paz y de confianza
por los caminos por que van los hombres
hermanos nuestros

GRITO AL NIÑO DIOS

Niño Dios que andas esta Noche, solo
por las calles, extraviado,
con las manos en los bolsillos
de tu calzón remendado.

Niño Dios de la India, del Africa
con el vientre hinchado,
los pies descalzos, y el estigma del hambre
en tus piernas endebles y en tus brazos flacos.

Niño Dios del Lejano Oriente, los oídos
destrozados
por las bombas
y los cañonazos.

Niño Dios de Belén, desconocido
por tus hermanos,
por los que llegaron de la diáspora
de un viaje de siglos, soñando
sólo en hacer del desierto un jardín
entre Isaac e Ismael, otra vez, disputado.

Niño Dios con los ojos
agrandados
por el miedo de morir de hambre
como los que cayeron a tu lado.

Niño Dios de los suburbios
de las ciudades tentaculares, cansado
de devorar con tus ojos, en las vitrinas, la alegría
tan lejos del alcance de tus manos.

Niño Dios arrodillado al borde
de las carreteras, alargando
un harapiento sombrero
hacia los carros que pasan, volando.

Niño Dios que tratas de ampararte
del frío de los páramos
con un pochito astroso
y no has aprendido la palabra “regalo”...

grira, grita Tú, Niño Dios en esta Noche
ya no sólo tu llanto callado,
sino un grito que llegue a los oídos
duros de los que viven hartos:

los dueños del poder y del dinero
que trafican con armas, y han dejado
suspendida en el cielo una nube de bombas
que han helado
el aliento en el mundo que vive
una disimulada pesadilla de espanto.

Te oigan, a través de las verjas de hierro,
los pobrecitos multimillonarios
con su extraña nostalgia
y su sed de Tántalo,
y que llevan latiendo una calculadora electrónica
dentro del pecho blindado.

Soy pobre como Tú, y no podría darte
todos los regalos
que necesitarías ahora, Niño Dios!: te doy tan sólo
todo mi amor, este amor desvelado,
y mi grito que vaga en el desierto de la noche
y que quizá nadie ha escuchado
pero que llega hasta tu Corazón, como un eco
de tu grito de amor por los desamparados.

V

Ser niño

SER NIÑO

Es pasar por la vida con una ingenua calma
entre el lodo de todas las humanas intrigas;
es mirar —con los ojos abiertos hasta el alma
las pupilas amigas.

Es lanzar tras las aves que se van en bandadas
una mirada nueva de asombrada ventura;
es hallar en el agua de las fuentes cansadas
la primera frescura.

Es sentir por la muerte de una flor o de un ave
y gozar la sonrisa de las cosas pequeñas;
y tener, ante el mundo diplomático y grave,
dos pupilas risueñas.

Es llevar en la mano semillas de esperanza
y de amor, frente al odio, la inquietud y el espanto
y lanzarlas al viento, como la fuente lanza
sus cristales de canto.

Es leer en los hondos espacios siderales
esos nombres que escriben las estrellas distantes;
es guardar en los ojos confiados y leales
las miradas de antes.

Es oír qué le cuentan al viento en cada hora
las campanas amigas en la voz de sus bronces;
es llevar simplemente en el cuerpo de ahora
aquella alma de entonces.

ELLOS SABEN

Dijo el sabio: los niños
no saben nunca nada. . .
y por sus ojos áridos y tristes
pasó una sombra breve, como un ala.

Y el ángel de la guarda —con sus manos
en la infantil melena alborotada—
pensó: lo que ellos saben sin saberlo
lo mata el frío de la ciencia vana. . .

Y ellos saben
que la luz es humilde, alegre y casta.
Que hay un mar en el fondo
de todas las miradas.

La música que traen desde el cielo
las lentas, grises aguas.

A quien llaman los vientos
cuando gritan, de noche, a la ventana.

La callada alegría de los árboles
cuando la nieve baja.

Por qué derrochan miles de oros trémulos
las noches estrelladas.

Que hay un dulce misterio
en las cosas humildes y olvidadas;

y que está hecho el corazón humano
de divinas nostalgias.

Del país clausurado de los sueños
tienen la llave mágica.

Y tan sólo ellos saben
con sus grandes pupilas asombradas,
y sus manos pequeñas,
y la súbita luz de sus palabras,
coger las manos tristes de los grandes
y llevarlas —seguras y confiadas—
a los éxtasis puros,
a las dulces primeras esperanzas,
al bosque virgen de las alegrías
que huye tras el cristal de nuestras lágrimas.

AL FIN DE LA FILA

Mañana viene el Señor!
Después del río sombrío
del dolor y de las lágrimas,
otra vez el Amor vino.

En su Pan pequeño y blanco
llegará El, escondido,
y todo, en torno, en la vida,
irá de blanco vestido.

Cómo los trajes de todos
serán de bellos y ricos,
y a flor de labios llevando
irán tesoros divinos!

¿Yo también me iré con ellos
desaliñado y vacío?

Sí, como el niño descalzo
que, al fin de la fila, tímido
avanza, porque no tiene
sino un corazón sencillo,

y en sus ojos agrandados
dos asombros infinitos.

me vine a tí, y ante tu puerta espero
—ves?— con los ojos tímidos y claros
con que llegó junto a mi puerta un día
un niño ensangrentado.

EL NIÑO ENSANGRENTADO

Señor!

urgué en mi corazón, y está mi mano
llena de sangre
—sangre de soledad, frío y espanto—
porque estoy solo, y yo no sé siquiera
lo que me han arrancado.

No me duele la lucha,
ni el odio, ni el cansancio.
No me duele la muerte
que viene paso a paso.
Me duele solo este vacío solo
que en mi alma ha quedado.

Por el camino de mis sueños rotos,
con mi sangre en la mano,
la cabeza desnuda bajo el cielo,
despeinado y descalzo,
un viento hostil contra mi cara, y libres
mi horizonte y mi canto,

EL PEQUEÑO MENDIGO

—Quién llama en la alta noche?

—El pequeño mendigo.

El que no tiene techo,
pan, ni abrigo.

El que tiene tan sólo
sus grandes ojos,
y los pies lastimados
por los abrojos.

En la noche sin techo
lo halló el rocío,
lo mordieron los perros,
lo mordió el frío.

Los que no tienen hambre
le ofrecieron abrigo,
sus voces le dijeron:
amigo.

No quise. Y a tu puerta,
Jesús, te digo:
tiene hambre
el pequeño mendigo.

HALLÉ EN TUS OJOS

Hallé en tus ojos hoy, acurrucada,
tu alma de niña, con temblor y frío.

A su llamada ha vuelto
mi alma de niño,
huído del rumor de las palabras
en los salones fríos
para oír, en la punta de los árboles,
la música de vientos y de trinos;

huído a veces de los compañeros
junto al río,
para mirar, sin ver, sobre las aguas
flotar su dulce sueño nunca visto.

Que conversaba solo con las cosas
y les prestaba oído,
y sonreía, entre sus juegos, solo
a invisibles amigos,

y era dueño de este mundo, sin haberlo
nunca pedido.

Ya probarán tus labios
de la vida las hieles y el vacío,
y tus pupilas solas
ya probarán cuchillos del olvido.

Y entonces . . . como al árbol de miel y oro
llega la piedra que tiró algún niño,
llegue hasta el árbol solo de mi vida
el niño en tus pupilas escondido,
y lance, en busca de la miel sincera,
—piedra celeste y diáfana— su grito.

HALLAZGO

Las pupilas espantadas
saltaron el muro arisco
de mi interior: todo estaba
vacío.

Soledad de telarañas,
soledad de miedo y frío:
la paz huyó tras el alma
al camino.

No soy yo, y aquí hay un ansia
forastera, en lo más íntimo,
donde se queja el silencio
como un niño.

* * *

Y se volvieron los ojos
implorando en el camino:
quién me devuelve mi alma
que he perdido?

Los miran ojos extraños
de risa, engaño y olvido,
fríos puñales que alejan
con su brillo.

* * *

Huyendo, el muro saltaron
otra vez . . . : el breve grito
arrodillado, ante el Huésped
ha caído.

Y ha vuelto el alma perdida
contigo, Huésped divino:
de qué soledades tristes
la has traído?

Ya soy yo. Desmelenado,
ingenuo, rebelde y tímido,
con ansias locas de vuelo
alto y limpio.

Soledad del dulce hallazgo,
soledad sin miedo y frío,
sin inquietud ni puñales:
Tú conmigo!

RECÓNDITA PRESENCIA

La niña que alza su mechón rebelde
que en la frente serena juguetea,
y el pequeño que eleva hasta las nubes
su alegría sin sombra en su cometa . . .

La cuna que una dulce
canción ensoñadora balancea;
la madre sola que te mira y dice:
tu voluntad, así, bendita sea! . . .

El que come con lágrimas
el pan de soledad en la tristeza,
y el que en el río duro del olvido
su barca de amistad, remando, eleva.

El sollozo del viento
que de los niños aprendió sus quejas;
la fuente que su canto
y su frescura límpida destrenza.

El indecible grito con que baja
el salto blanco por la peña negra;

y el verbo incandescente escrito en la alta
página oscura en sílabas de estrellas.

. . . Y otras cosas, Señor, puras o ansiosas,
en que ha quedado trémula tu huella:
en ellas, ante el ciego mundo late
tu indecible, recóndita presencia!

COMO ERES HOY

Así como eres hoy, así te quiero:
dos asombros tan grandes tus ojos tan pequeños
dos anhelos ingenuos en el breve sendero
de tus labios risueños.

Como vienes ahora, guiada de una estrella,
de la mano del alba, con tus sombras dormidas,
buscando con las limpias pupilas una huella
de unas plantas heridas.

Sin saber de la noche de sí mismo,
de las manos vacías del placer dolorido:
el mundo para ti como un lejano abismo
para un niño dormido.

Se irán tal vez mis ojos tras otros horizontes,
y se abrirá tu vida como una flor ausente;
y no llegará el viento de mi voz a otros montes
a jugar en tu frente.

Pero como aprendieron mis pupilas a verte
—hermana de la estrella matinal, como ahora—

estarás en mis ojos apagados de muerte
y alumbrados de aurora.

Ha de agitar las alas en tu boca risueña
la alondra de tu alma en la agonía:
y así como eres hoy, pura y pequeña,
quiero hallarte aquel día.

CATECISMO

Catecismo.,
Abierto y simple
—como en los claros días primitivos
junto al mar galileo—:

bajo la sombra humilde de un espino,
delante el mar sereno,
arriba el cielo limpio.

Cabezas rubias,
ojos claros, tranquilos.
Cabezas negras,
ojos oscuros, negro azogue vivo.

El sol borda con puntos luminosos
la sombra del espino;
el viento hace ondular la sombra leve,
y ellos cantan su inquieto regocijo.

Mis palabras reparten simplemente
las palabras de Cristo.

Y sus ojos
—que limpiaban, mirándome, los míos—
son una viva bienaventuranza:
los que verán a Dios, porque son limpios.

Y hasta sus herejías inocentes
tienen alma de niño.

Ojos ingenuos y palabras simples,
lección de catecismo.

“Dios te salve, María” . . . y la bandada
rejuvenece el campo con sus gritos.

Y al jugar, confundiéndose con ellos
el hombre se hace niño,
olvida el artificio de los hombres
y es más bueno y sencillo.

Después,
en la primera vuelta del camino
se esconden sus figuras diminutas
y el campo va quedándose dormido.

Madre,
cuando por vez primera, pequeñitos,
llegaron a las puertas de tu casa,
tú los llamaste hijos.

Virgen de Montenero,
por tus ojos de Madre, yo te pido
que en sus ojos de grandes, tú reencuentres
su confianza de niños.

Y tengamos un día,
sobre el azul de este tu cielo limpio,
sentados a tus plantas
la última lección de catecismo.

PRIMER RECUERDO

Primer recuerdo . . .
Hoy, en las manos juntas de los niños,
primer recuerdo, te encontré, y aún eres
fresco ramo de lirios.

Hoy los vi. Sus ojazos fulguraban
de asombro y regocijo.

Los pequeños . . .
Los ojos que no han visto
la tristeza del lodo en la blancura
de su breve camino.

Fuentes de ingenuidad y de alegría
que aún no ha congelado el viento frío
de las hondas tristezas,
de los largos hastíos.

Primera Comunión! Fiesta sin sombras:
de par en par el alma para Cristo.
Y dentro de mi alma despertaron

—con sus blancos vestidos—
los ingenuos recuerdos.

Volvieron a cantar su canto limpio
las graves melodías de las flautas,
las bocas perfumadas de mis lirios
y la fragancia —campesina y fresca—
de mi alma de niño. . .

Primera comunión. . . Santo recuerdo
que vuelve —como el grito,
como la campanada
del primer regocijo—
cuando llegan al alma
—como una bocanada de aire frío—
la tristeza rebelde
y el dolor escondido
que nos dejan los ojos que no tienen
la transparencia del mirar de un niño.

Primer recuerdo, vuélvele a mi alma
aquel rayo de luz, intacto y tímido;
vuélvele la blancura y el asombro
de mi lejana sencillez de niño!

MIS ZAPATOS VACÍOS

Reyes Magos,
viejos Reyes amigos de los niños,
no estarán esta noche en mi ventana
mis zapatos vacíos.

Se quedarán soñando
—mientras afuera gime el viento frío—
en los regalos, y en las largas barbas
—barbas blancas de abuelos viejísimos—
que pasarán flotando
en los sueños de todos los niños.

Y tendrán pena mis zapatos viejos
al mirarse tan grandes y vacíos.

Pero si en esta noche
visitáis el tugurio más mezquino
donde sueña un pequeño
—mientras se cuele adentro el viento frío—
con un pobre juguete

que haga brillar sobre sus ojos tímidos
la luz de la alegría,

cuando un rayo de sol tiemble indeciso
al mirarse el primero en mi ventana
veré, con ese mismo regocijo
de mis noches de Reyes que se fueron,
tirados sobre el suelo duro y frío
—con un poco de tímida nostalgia—
mis zapatos vacíos.

VISITA

Entre el gris de los muros
y la azul alegría
de los vidrios absortos,
hoy he hallado una gracia perdida:

aquel corazón de mi infancia
—sin ansias sombrías
ni sueños oscuros:
aquellas ingenuas y claras pupilas—.

Los negros caminos del tiempo,
los montes de ausencia, las filas
de árboles tristes de tanto recuerdo,
se han lavado en las aguas alegres y limpias
de aquel corazón de mi infancia
—¿lejana o dormida?—

* * *

Ayer, en tu muda presencia,
sólo tuve las frías

y monótonas aguas del tedio
—sin luz ni sonrisa—:

hoy por eso te traigo
esta gracia —¿despierta o venida?
aquel corazón de mi infancia
—dos miradas ingenuas y limpias—
para hacer despertar en tu tienda
tu inmóvil silencio de sombras dormidas.

PAZ

En este día largo
acá afuera
hay algo de cansancio
y un poco de tristeza.

Una nube de gris monotonía
que va cruzando lenta.

Pero dentro del alma
todo está en paz: una quietud serena
va iluminando los rincones tristes,
donde quedó la huella de mis penas
y de mis inquietudes.
Todo está en paz, y en las enredaderas
de mi patio interior hay este día
una fragancia nueva.

Una alegría íntima,
muy honda, como aquellas
que se sienten mejor en el silencio,

va derramando su bondad sincera
—sincera como el agua de las fuentes—
hasta en el cauce vivo de mis venas.

Todo está en paz. El alma
siente un anhelo, inmenso de ser buena,
y en el silencio de mi pobre patio
se van abriendo perspectivas nuevas.

¡Gracias, Señor, porque este día triste
hay en el alma esta alegría ingenua;
gracias por todo el sol que hay en mi patio,
y por toda esta paz, clara y serena!

NO ESTÉS TRISTE

¿Por qué estás triste, corazón? ¿Qué buscas?
Hay un dolor que tiembla en tus latidos
Una racha de viento te ha dejado
tiritando de frío.

En el fondo del alma
se han quedado mis pájaros dormidos...
mis humildes cantores
pequeñitos.

Cuando llegó esa ráfaga de viento
se acurrucaron tímidos
en un rincón del alma
—en el rincón más triste y escondido—
y se durmieron silenciosamente.

Hoy por eso he sentido
la misma extraña sensación de pena
y de frío
que sobrecoge al árbol
si de sus ramas se desprende un nido.

No estés así, mi corazón. ¿No tienes
un amor, un amigo
que ha comprendido todas las palabras
que tu labio no dijo,
que te ha alargado con piedad la mano
cuando estabas caído.
y que ha escuchado en tus angustias mudas
tus gemidos?

Frente a la soledad de tus montañas,
junto al sendero íntimo
de tu lenta ascensión hacia la altura,
ha trazado estos ásperos caminos
en que sube el tormento de otras almas
al reposo infinito.

Corazón, sé valiente,
y sé humilde y sencillo:
como los seres que Jesús amaba

—como los lirios,
como las aves
como los niños—.

Y entre tus pliegues puros y serenos
—como en sonoro nido—
modulen el poema
intacto y límpido
de su alegría
tus humildes cantores pequeñitos.

QUIERO

Señor, quiero pasar por mi camino
humildemente, silenciosamente,
con un limpio fulgor
de ingenua sencillez sobre mi frente.

Quiero llevar un límpido venero
de pureza y valor, de luz, de calma,
que brote cada día por tu sangre
en el fondo del alma.

Ya no me quejaré. Cuando me oprima
una escondida, silenciosa pena,
yo pondré por tu amor sobre mis labios
una sonrisa buena.

Quiero cantar un generoso canto
de sencillas, abiertas alegrías,
en el fulgor de mis mañanas claras
y en las tinieblas de mis noches frías.

Que tu mano de Dios, rota y gloriosa,
de cada nueva herida
vaya haciendo en mí carne un surco nuevo
para la nueva vida.

Que mi cruz y mi lucha
me preparen a la última victoria...
por tu Cruz y tu muerte,
por tu Cuerpo, tu Sangre y tu memoria!

• BLANCURA

Sea tu alma limpia

como las garzas blancas
que dejan un temblor blanco en el agua
en su vuelo fugaz.

Cual los vellones crespos
de los rebaños que va arreando el viento
en medio de la azul inmensidad.

Como la leve espuma
—floración luminosa de blancuras
en las olas azules de la mar—.

Como la nieve fúlgida:
sobre la piedra rústica y desnuda
manto de paz y de diafanidad.

Así como las alas
con que cubría el ángel de la guarda
el ingenuo soñar

NIÑA

Una niña: la piel
color del trigo maduro,
suaves cabellos revueltos
color de roble;
ojos de un azul oscuro
como un mar sin fondo.

Manos aladas o extáticas
se juntan, vuelan jugando;
los pies ágiles y breves,
voz de campana de plata.

Toda ella un agua que canta
y un viento que juega,
y una hondura callada
que retrata, sin saberlo,
el rostro de Dios, sonriendo.

GOTA DE LUZ DEL ALBA QUE DESPIERTA

Para Miguel Almeida Suárez

Gota de luz del alba que despierta,
breve huella insegura en el camino,
cabecita que asoma por la puerta
de la vida —candor, sonrisa y trino—.

Promesa y aventura: flecha incierta
en el arco de sombra del destino,
alas que nacen en la mano abierta,
suave y segura de un amor divino.

Corriente azul que baja con su grito
de la montaña del amor, ajena
a su angustia sedienta de infinito.

Sólo voz, que la mente no comprende,
voz pura en que la voz de Dios resuena
en palabras de amor que el alma entiende.

ISLA REMOTA

Para Rafael Almeida Suárez

La luz recién nacida en tus pupilas
que, sin saber, reflejan dulces cosas
–peces en aguas claras y tranquilas
pájaros sin recelo, mariposas–.

Las palabras sin nombre con que nombras
las cosas inocentes que tú sabes,
el mundo de cristal en que te asombras
y del que sólo tú tienes las claves.

Tus labios sonrientes, encantados
por no sé qué visión, dulce e ignota...:
todos esos tesoros ignorados

Dios los guarde en la isla más remota,
con barcos sin timón, desmantelados,
donde vuela la última gaviota.

MARÍA

Para María Almeida Suárez

Angel sin alas y sin voz, segura
promesa sin palabras y sin día,
naciste sólo para el cielo, pura
dicha para después, en Dios, María!

Juegas en nuestras horas de alegría,
lloras en nuestros días de amargura,
y eres, en realidad y en fantasía,
fuente pequeña y dulce de ternura.

En el camino están tus pies pequeños
conduciendo callada, dulcemente,
en la fatiga nuestros pies cansados;

y sabremos un día si los sueños
respondieron al rostro sonriente
que en el cielo hallaremos, asombrados.

PUPILAS AGORERAS

Para Diego Rafael Suárez Ontaneda

Pupilas agoreras desde el sueño
vislumbran el milenio en lejanía:
¿a una tierra de hermanos el empeño
o hacia mundos sin fin la fantasía?

En plena juventud, ardiente, dueño
de tu destino, llegues a ese día
a hacer de un mundo triste, gris, pequeño,
otro mundo de luz y de alegría.

Naciendo a la aventura del futuro
—como en Horeb, incendio sin ceniza,
de amor, de paz, de libertad soñada—,

ya sus alas ensaya tu amor puro,
sobre el mar de bondad de tu sonrisa,
bajo el hondo confín de tu mirada.

FUENTE SECRETA

Para María Lorena Suárez Mena

De tu infancia en la plácida colina
ángeles rondan, tras arcano velo,
y de tu media lengua en el anhelo
un canto sin palabras se adivina.

Hacia la playa de tu frente un vuelo
de aves del Edén su gran V inclina,
y Dios, cuando la tarde ya declina
baja a jugar contigo, desde el cielo.

Fuente secreta que gorjeando vino
hacia la voz azul del mar lejano,
alertas el oído y el camino:

fuelle de amor para la sed que clama,
amor que encuentre en todos un hermano
en el ignoto mundo que te llama.

TODA INFANCIA ES CRISTAL

Para María del Carmen Suárez Ontaneda

Toda infancia es cristal –tras él nos mira
el misterio de Dios y su ternura–:
nota de una canción, cuerda de lira,
ola de arcano mar sin amargura.

Así llegaste: anhelo que respira
aún el aire eterno de la altura,
prenda de amor, promesa sin mentira
en la mano de Dios firme y segura.

Guarde tu corazón fiel la divina
nostalgia de esa Voz alta y extraña
que presentiste antes de nacer;

y sea luz que arde y que ilumina,
claro venero azul de la montaña
kaleidoscopio del atardecer.

PARA TU SOLEDAD

Para Marcelo Suárez Ontaneda

Para tu soledad todo es presencia
–ángeles, hadas, enanitos, duendes...–
Tiene un rostro a tus ojos la inocencia
a la que tú, sin saber cómo, entiendes.

Y pueblan tu silencio misteriosas
músicas de violines de otros mundos
que los grandes no escuchan; y te gozas
en sus cantares dulces y profundos.

Que el río de la vida ciega y dura
no ahogue esa presencia transparente
–clara huella de Dios, diáfana y pura–,

y el ruido de la lucha no ahuyente
la palabra divina que murmura
hoy en tu alma de niño, arcanamente.

JUGANDO CON LOS ÁNGELES

Para Juan Andrés Suárez Ontaneda

Como Samuel, que atesoró soñando
el sentido futuro de la vida,
en tu alma limpia va el Señor trazando
un camino de luz estremecida.

Jugando con los ángeles atiendes
a las secretas voces misteriosas,
y en ese arcano diálogo ya entiendes
lo que serán Jesús, el bien, las cosas.

Dios, en el huerto claro de tu infancia
va cuidadndo, con júbilo profundo,
el árbol del amor fecundo y cierto,

del que le des el fruto y la fragancia
para ir, con El, edificando un mundo
fraterno: como el mar, ancho y abierto.

VI

Amigo

● AMISTAD

Hallar
en el vacío triste y dolorido
del camino quemado del olvido
un alma fraternal.

Sentir
la primera mirada
como una cosa familiar –soñada
en un oscuro y dulce presentir–.

Cambiar
por el vino de amor y la dulzura
las hieles del adiós y la amargura
sin la tristeza turbia de dudar.

Subir
con la mano en la mano fiel y fuerte,
y, unidos en la cumbre de la muerte,
ante la aurora eterna, sonreír.

NOCTURNO DE LA HURAÑA AMISTAD

Guardarás, corazón, tu asombro puro,
tu soledad, tu sueño y tus anhelos,
como un niño despierto en el oscuro
silencio estremecido de los cielos.

¶Tu amistad velará como la sombra
que ampara, recatando su presencia,
serás el nombre fiel que no se nombra
—nombre cuajado de dolor de ausencia—.

Frescura de tu voz, fuente escondida
que tras las frondas de la noche brota,
y que en salvaje soledad da vida
a la canción embrujadora e ignota.

Que no sepa que anhelas sus destinos
levantar más allá de las estrellas. . .
como el viento que limpia los caminos
dejándolos con flores, y sin huellas!

• AMOR

Amor es derramar
esperanza y frescura
en las arenas tristes y abrasadas.

Amor es perfumar
con fragancia sincera
el alma huraña, abandonada y sola.

Amor es despejar
con límpidos cantares
el cielo gris de todo hermano triste.

Amor es proyectar
humilde, mansamente,
la luz del alma en medio de las sombras.

Amor es coronar
la frente soñadora.
con las espinas de un dolor callado.

Amor es reclinar
la frente ensangrentada
en el regazo de la Madre Virgen.

Amor es entregar
el alma entera y fresca
en las manos clavadas del Amado.

EL DÍA QUE TU LLEGAS

Tus flores la curiosa cabecita
extienden a la puerta
y tienden a tus pasos su fragancia
el día que tú llegas.

Entre los viejos muros hay más vida
y en la ventana una sonrisa nueva
y más luz en el patio abierto y claro
el día que tú llegas.

Y los pequeños pájaros amigos
tu corazón y tus oídos llenan
de aquellas dulces, viejas armonías
el día que tú llegas.

Bajo un límpido cielo
sobre la cumbre azul del monte ondea
el niveo pañuelo de una nube
el día que tú llegas.

Los árboles amigos han mirado
—contando los minutos de la ausencia—

hacia el camino aquel, hasta esta hora
del día que tú llegas.

Y te dirá mil cosas misteriosas
—desde el silencio de la noche intensa—
un inmenso lucero que se asoma
la tarde que tú llegas.

Y abre sus ondas aguas silenciosas
en esos corazones que te esperan
el mar inexplorado del cariño
el día que tú llegas.

Mientras la Virgencita de tu cuarto
te cura las heridas de la ausencia
con el bálsamo azul de su mirada
el día que tú llegas.

SOBRE EL ORO DEL RECUERDO

Te traigo, sobre el oro del recuerdo,
la perla
en que cuajaron, en el mar, los sueños
—mar de la vida, un poco de tristeza—.

Va dejando en tu dedo su contacto
—dedo del corazón que canta y sueña—
en la noche en que ven los ojos cosas
que no se ven, que tan solo se esperan.

La calle amiga en cuyas piedras mudas
si el oído pusieras
escucharías el tropel alegre
de los días de luz de la inocencia.

Y —diminuto cielo anclado—
la Capilla pequeña
en que se fue trepando al cielo
por cuerdas de tu voz tu adolescencia.

* Para Monseñor Luis Carvajal
209

La cumbre negra que alza pensativa
la montaña materna
sobre la que ensaya
su futura ascensión tu planta inquieta.

El paisaje que, ungiendo tus pupilas
con su pura belleza,
te hizo profundo y alto el pensamiento
y el alma sin doblez: clara y serena.

La múltiple armonía de los bronces:
la melodiosa vena
para la sangre roja de los gozos,
para la sangre negra de las penas.

El cielo de la tarde,
de esta última tarde, que quisiera
parecer, sobre el oro de tu mano,
una amatista inmensa.

Y tus almas... los años encantados
en que hiciste brillar luces eternas;
puertas de bronce de las almas jóvenes
que tu sonrisa abrió, fácil y buena.

Y, ¿te diré el dolor?... Su sombra ya no es sombra:
es luz serena
que en la alta carta azul escribe nombres
con fe, con esperanzas, con estrellas.

Años tranquilos en cuya agua ansiamos
hallar de eterno ser una promesa,
sin sentir ese ruido de las olas
en que la dicha y la bondad se alejan.

Sueños, recuerdos, que ante tí arrodilla
tu Ciudad...: sobre su frente inquieta
tu mano que bendice y tiembla, deje
su luminosa huella,

De tu tierra en la frente soñadora
–tierra de Cristo y de la Virgen– tiembla
como la estrella sola de la tarde
tu alma, diadema.

Pon tus manos de príncipe... y de hijo
–viendo su estrella tutelar– sobre ella
y dile a Dios que no se apague nunca
la luz de fe y de amor de esa alta estrella.

Aprende a descubrir el fiel camino
que siguen en el cielo las estrellas;
para que al verlas en la noche digas:
ésas cubren el cielo de mi tierra.

Y cuando cruce un vuelo de gaviotas
sobre la espuma de la orilla, piensa
en la palabra amiga
de estos pañuelos blancos que hoy se alejan.

Y guarda sobre el oro del recuerdo
la perla
en que cuajaron, en el mar, los sueños
–mar, esperanza, un poco de tristeza–.

USTEDES SON

Ustedes son mi corazón abierto,
ensanchado sin límites
para que entre en él todo el mundo.

Ustedes son mis manos
unidas en plegaria silenciosa.
Tendidas en caricia
a los niños enfermos. Que acogen dentro de ellas
las manos
de todos los ancianos olvidados.

Ustedes son mis manos
portadoras de paz, y de alegría, y de esperanza
a los blancos crisoles
–tendidos en silencio
y soledad– en que se purifica
el gran dolor humano.

Las que estrechan las manos
–frías, duras, dolidas–
de los que, porque se cansaron
de esperar un trabajo, una presencia,
una palabra de esperanza,
escogieron,
–y ya están preparando su mochila–
cualesquiera guerrilla de este mundo.

Ustedes son
mi palabra
que quisiera ser servidora y transparencia
de la sola Palabra,
y nacer en las calles, los caminos,
de gargantas más puras,
más humildes, más fieles.

Ustedes son... mis pies
que olvidaron el cansancio y la fatiga
para llegar, hermosos y benditos,
partidos y sangrantes,
mensajeros de la vida,
de paz y de esperanza
a los barrios que nacen de la nada,
a los campos –¡antes de que de ellos
huya la vida!–

Ustedes son
mi sonrisa
que quisiera brotar, como agua limpia
para la sed de todos,
de la hondura
de la lucha, el dolor y la fatiga.

Ustedes son lo que yo nunca
llegaré a ser... la cima
que nunca alcanzarán mis pasos solos.

• VUELVE

La luna viene tejiendo
de nubes finas
un velo para tu viaje:
vuelve, mi niña.

Los viejos árboles saben
para encantar tu sonrisa
nocturnos cuentos de plata:
vuelve, mi niña.

El pobre río ha comprado
a la hosca serranía
su violín para tu oído:
vuelve, mi niña.

La noche se va a tu encuentro,
la noche fría:
cuando te halle será aurora:
vuelve, mi niña.

Un ángel viene a tu lado,
tiene azules las pupilas
con el cielo de la mano,
vuelve, mi niña.

MANOS SOBRE EL PECHO

El peso de unas manos invisibles
sobre mi pecho. . .
¿Pueden pesar las manos de las almas
sobre los cuerpos?

Manos que me confiaron
sus dolores secretos.

Las que rompieron en mi abierta mano
una mentira de amistad con miedo.

Las que frente a la vida
—ansia y temblor de vuelos
en las alas cobardes—
eran frágil manojos de terrores y anhelos.

Y las manos ausentes
—peso gris de nostalgia y de recuerdo—.

Cómo pueden las manos de las almas
pesar sobre los cuerpos!

* * *

En tu pecho oprimido,
Señor, la noche trágica del huerto,
nuestras manos infames o cobardes
gravaron todo su infinito peso.

Por eso hoy no te pido
que apartes esas manos de mi pecho:

quiero sólo
sentir el dulce peso
de tus manos llagadas
en mi alma y mi cuerpo,

peso de amor que me aligere el alma
ígneasombra en la sombra de mi pecho!

FLORES

NO POR MÍ

Flores sobre mi mesa, cuántas flores. Dios mío!
Flores de breves horas y flor de eternidad.
Las que hallará marchitas un mañana sombrío,
flor, para el corazón, de irrompible lealtad.

Flores de los jardines y la flor de mis almas:
flores que perfumáis un breve instante,
flor de esperanza que mis ansias calmas
y, alzándome la frente, me dices: adelante!

Mañana los recuerdos me mirarán callados
desde todos los bordes de mi mesa vacía:
habrá venido el tiempo con sus dedos helados
y se habrán marchitado tantas flores de un día. . .

Pero esa flor sin tiempo —mis almas de esta hora—
en espera del día del encuentro sin ida,
velando por la noche y alumbrando la aurora
quedará perfumando mi trabajo y mi vida.

Dame, Señor, unos días de muerte
a todo y para todos. Necesito
que calle en mis oídos tanto grito
y de silencio y paz sentirme fuerte.

Lejos de mi interior he caminado
muchas horas. Tantas calles extrañas
me hacen volver, un instante, cansado,
a la paz de mis íntimas montañas.

Vuélveme, Maestro, todas las estrellas
de mi cielo que hoy está nublado y triste.
No por mí: por las almas aquellas
que están cerca de mí, porque Tú me las diste.

Y seguiré contigo a la anhelada aurora,
dándoles esta vida, en dolor y alegría,
Si se alejan, Maestro, si no entienden ahora,
volverán para siempre, comprenderán un día.

SOBRE EL UMBRAL

(A las que pasan del umbral del Colegio a la vida)

De pie sobre el umbral
las he visto partir: claras bandadas
que clavaban las húmedas miradas
sobre la vieja puerta conocida,
a la hora de lanzar
las alas contra el viento de la vida.

“Como el águila rauda que provoca
los aquiluchos a dejar la roca
por el azul ilímite del cielo
y abre las alas sobre el frágil vuelo. . .”

así, mi Cristo, en tu viviente nombre,
mi corazón las lanza hacia la vida,
contra el dolor del mundo y el engaño del hombre,
—una luz de ideal sobre la frente
pura y radiante—.

Y, de su celda oscura y escondida,
abre las alas —invisiblemente—
de su ardiente silencio vigilante.

* * *

El placer tumultuoso de los días
apagará el discreto
rumor de estos instantes. . .

Mas un día, un secreto
dolor, las cosas tristes y vacías,
les han de hacer buscar —tal como antes—
estas cosas sencillas y sinceras,
este viento cordial y este aire puro.

Volverá aquel rumor de alas ligeras:
en tu nombre, seguro
mi corazón sobre el umbral espera.

NOVICIADO

Frente a la puerta que me abrió sus brazos
acogedores junto a mi camino,
detuve el ansia triste de mis pasos
—insomne y fatigado peregrino—.

En los ojos la angustia de las luces;
en los oídos, mil clamores vanos;
en los hombros el peso de las cruces
y un temblor de zozobras en mis manos.

Las almas, la ciudad, el miedo, el mundo,
como un nudo cerrado en mi garganta;
y allá, de la pobre alma en lo profundo,
un río de agua ansiosa que no canta. . .

* * *

Y la paz de la casa, dulcemente
se me metió en el alma y en las venas:
y volvieron mis ojos a ver ingenuamente,
y se unieron mis manos en la oración, serenas.

Y me quedé escuchando, con el oído atento,
ese silencio limpio y azul de tantas cosas,
y —con un despertar dulce, seguro y lento—
me hallé la frente llena de estrellas silenciosas.

Era tu paz, la tuya, sin tristeza ni duda,
que huye ante los caminos conturbados —esquiva—
y se halla en una celda pequeñita y desnuda
y en un jardín con almas y flores pensativas.

Y una capilla humilde, de un silencio extasiado
tras los vidrios quemados de ocasos y de auroras
donde se libra el alma de su grito ahogado
y donde no quisiera que pasaran las horas.

Tu paz fue desatando con sus manos el nudo
que ahogaba la voz en la garganta;
y al volver al camino solo, gris y desnudo,
el alma está tranquila. . . se va tranquila y canta.

TIENDA

PEREGRINO

Tú sabes mis tristezas,
y tus pies traspasados, peregrino,
han probado también las asperezas
de mi oscuro camino.

Junto a ti yo he gustado
mis horas más serenas y más bellas,
los vientos que en mis sendas han soplado
no han borrado tus huellas.

Cuando arroja el hastío
su tristeza sombría en mi sendero,
me detengo —aterido por el frío
de la noche— y te espero.

A veces, esperando
que vengas a curarme con tu vino,

me he quedado dormido, descansando
al borde del camino.

Y mis ansias soñaban
en la aurora de un día perdurable,
y al abrirse, mis ojos fulguraban
de nostalgia incurable.

Ven a mí cada día
con tu amor, con tu sangre, peregrino,
para que cante sólo tu alegría
en mi oscuro camino.

VEN OTRA VEZ

Jesús, ¿por qué te fuiste?
Te gritan mis vacíos incolmados
y mi búsqueda triste.

¡Ven otra vez! Escucha la plegaria
que mi alma te dice
en su celda callada y solitaria.

Señor, ven a calmar mis inquietudes.
Olvida mis olvidos
y mis ingratitudes.

Haz mi alma abierta y limpia como el día:
que sea para los desamparados
como un canto de paz y de alegría.

Que no vierta jamás mi ruda mano
la hiel de la tristeza
dentro del alma de ningún hermano.

Que tienda mi alma su bondad, su vida,

— como una mano, grande, fiel y abierta—
y que no espere nada, y nada pida.

Y que guarde su amor sencillo y fuerte
en esa herida con que te siguieron
nuestras culpas más lejos que la muerte.

¡Ven, mi Señor! ¿Por qué te has olvidado?
¿Por qué te ha ensombrecido mi tristeza
y mi inquieta locura te ha alejado?

No! Tú nunca me dejas.
¡Y más dentro de mí vive tu vida
cuando más me parece que te alejas!

VEN

Ven, Jesús, a mi lado!
Siento un frío glacial dentro del alma
y el corazón inquieto y angustiado.
Se ha cubierto de sombras mi camino,
he perdido la calma
y voy, por el sendero desolado,
huraño y solitario peregrino.

Hace ya muchos días
que te espero, Señor, ansiosamente,
en el silencio de mis noches frías.
Y muchas, muchas veces te he soñado
llegando suave, cautelosamente,
y he creído sentir el roce alado
de tu mano pasar sobre mi frente.

Tu recuerdo ha venido
—como un canto de límpida frescura—
a acompañar mis silenciosas penas:
en el alma —nublada de amargura—
su bálsamo de paz se ha difundido

como suave fragancia de azucenas,
como un lampo en las sombras del olvido.

Ven, Jesús, a mi lado!
En las noches más solas y sombrías
se presiente el venir de las auroras:
¡ven!, posa tus miradas salvadoras
en mis desnudas soledades frías.
¡Ven a llenar de amor mis largas horas,
ven a llenar de paz mis tristes días!

ESPIGAS EN MIS MANOS

Iba, Señor, por mi camino solo
recogiendo esas flores que se mueren
dejando tristes pétalos marchitos
en nuestras manos, y húmedos despojos
de su belleza en los dolientes ojos.

Y esperaba, Señor, mi loco anhelo
dulces notas —caricia en el oído—
las que suenan al borde
de todos los abismos.

Y no oía los gritos de mi sangre
que quería salirse de mis venas
a decirte mis ansias y mis penas.

He pasado mirando el suelo negro
junto a las cumbres blancas,
y ha salpicado el lodo y la amargura
la primera blancura.

Pero hablaste, Señor!, y la armonía
de tu voz —nueva y fresca sobre el alma—

despertó a mi alma inquieta,
vibrando en mi silencio
con fragor soberano de torrente,
con murmullos de fuente.

Esa voz ha llenado los vacíos
torturantes, inmensos
que en el fondo del alma te llamaban
mientras todas las voces se apagaban.

Ha formado con todas las espigas
de mis locos anhelos de blancura,
de ideal, de belleza,
un solo haz apretado
que en mis manos —cerradas en tus manos—
va a esperar en silencio
el don supremo de tu amor divino
en tu pan y en tu vino.

COMO ESA HIGUERA

Como esa higuera estéril
me encontraste, Señor. Como esa higuera
donde buscaste refrigerio y sombra
al cruzar aquel día por la senda,
fatigado y hambriento.

Dicen que esa mañana aquella higuera
dejó pasar tu anónimo cansancio

Y tus palabras de reproche y pena
la secaron, Señor. Y desde entonces,
cuando en el oro de las sementeras
brillaba el sol de otoño
y cantaba en los campos de Judea
la jubilosa paz de la vendimia,

la higuera seca
era un triste esqueleto sarmentoso,
desnudo y solo al borde de la senda,
doblado bajo el peso
de tus palabras tristes y severas.

Así Tú me encontraste,
Señor, como esa higuera:
como la halló tu mano esa mañana
—estéril a tu hambre y tu pobreza—.

* * * * *

No halló tu corazón para tus labios
las palabras severas:
mas tus palabras misericordiosas
—tu regreso a mi ausencia—
despertaron mi vida.

Y sacudió mi ser la savia nueva,
y sentí que brillaba allá en el cielo
—sobre la pequeñez de nuestra tierra—
como una voz de aliento y de esperanza
la luz de las estrellas.

Y, desde entonces, vuelves cada día
a pasar por la senda,
a inyectar en mis fibras
todo el raudal de vida de tus venas,

a hacer brotar sobre los cielos mudos
de mis noches más negras,
como una voz amiga
la luz de tus estrellas.

• DOLOR

Dolor que me has arado toda el alma,
dolor, yo te bendigo.

Dolor que sacudiste
el corazón, con golpe repentino,
removiendo la tierra de mi vida
sin piedad, hasta el fondo de mí mismo.

Todas las impurezas
entre sus manos el dolor deshizo:
y la tierra labrada de mi alma
se abre al riego divino.

Como la uva en el lagar deshecha,
como el grano oprimido,
sólo así —misteriosa y arduamente—
se alista el sacrificio.

Oh dolor que llamaste
a mi puerta con golpe repentino,
yo te bendigo porque aquella mano
que ha llamado es la mano del amigo!

Por la tierra doliente de mi alma,
dolor yo te bendigo!

MANZANAS

Manzanas de la ausencia,
fieles recuerdos, frescos y fragantes,
rojas bocas que guardan
sabor de nombres dulces y distantes.

Sobre la arena triste
de esta desnuda soledad ardiente,
manantial de recuerdos,
frescura matinal de árbol y fuente.

Muda y fiel compañía
—junto a mi Crucifijo y mi sotana—
perfume de mi viaje
—pájaro alegre de esta gris mañana—.

Manzanas de la ausencia
que pueden irse lejos, lejos, lejos . . .
llevando atada el alma
a los recuerdos íntimos y viejos.

GRUTA AZUL

Tras de las luces, corazón adentro,
hay una gruta azul
para las aguas solas del recuerdo.

Las almas que entendieron nuestras voces
—tras de la reja efimera del cuerpo—
nos acompañan en la dulce sombra,
más allá de las cosas y del tiempo.

La ausencia y la distancia
abren con llave triste de silencio
la gruta azul en donde el alma encuentra
ese mundo impalpable, fiel y eterno
de las almas amigas,
junto a las aguas solas del recuerdo.

Agua que el alma ha de beber, las manos
juntas en la plegaria y el anhelo,
transidas de esperanzas infinitas
y de amores eternos. . .

EL ANCLA

Para Carlos Suárez Veintimilla

Llevo en el alma clavado
tu recuerdo, como un ancla:
mientras más y más te alejas,
más en el alma se clava.

Siento un dolor infinito,
dolor de alma traspasada
por el hierro duro y recio
del recuerdo que no pasa.

Huyen las horas felices,
vienen las horas amargas:
y en ese vaivén de olas
en el alma hundida un ancla.

Mi velero de ilusión
no romperá nunca amarras:
¡el ancla se ha hundido tanto
que se rompería el alma!

* Luis Eduardo Henríquez, Caracas, 1940.

EL AUTOR

VELEROS

Para Luis Eduardo Henríquez (+)

Rompió amarras tu velero:
pasó rozando mi barca
con el mismo rumbo eterno
de la amistad que no pasa.

Iré sintiendo en su estela
– honda, humilde, limpia y clara –
la cara y la voz de Cristo
en tu vida y tu palabra.

Como extraviada gaviota
irá en la noche callada
tu recuerdo, acariciando
la soledad de mi barca.

En el Puerto, avizorando
mi blanca vela lejana,
sé que, misteriosamente,
me esperarás en la barra.

* Carlos Suárez Veintimilla, Quito, 1991.

Carlos Suárez Veintimilla nació el 16 de junio de 1911. Fueron sus padres el Dr. Rafael Suárez España y Dña. Matilde Veintimilla García. Sus estudios los comenzó en el jardín de infantes de las Hnas. de la Caridad de Ibarra; la primaria en la escuela del Seminario de San Diego, los dos últimos años, bajo la dirección de los Hnos. Cristianos; la secundaria en el Seminario Menor San Diego, hasta cuarto curso. A los 16 años, en 1927, fue enviado a Roma por Mons. Alberto Ordóñez, Obispo de Ibarra. En Roma estudió los tres años de Filosofía en la Universidad Gregoriana, obteniendo el título de doctor en Filosofía, y luego estudió cuatro años de Teología, obteniendo la licenciatura. Se ordenó de sacerdote el 28 de octubre de 1934. Estudió después cuatro años de Derecho Canónico, obteniendo el doctorado.

Permaneció una temporada en Bélgica, en estudios de la Organización de la JOC (Juventud Obrera Católica) con el fundador, Mons. José Cardijn. Regresó al Ecuador en octubre de 1938, a su tierra natal, Ibarra, después de 11 años de permanencia en Roma.

Inició su trabajo pastoral en octubre de 1938. Fue capellán y profesor del Colegio Sagrado Corazón de Ibarra, y profesor del Colegio Sánchez y Cifuentes, recientemente fundado, en los que permaneció 17 años. El último año fue rector del Colegio Sánchez. Fue también profesor del Colegio Seminario San Diego de Ibarra.

Colaboró con la fundación del Instituto Secular “Nuestra Señora de Fátima”, en el año 1950, siendo su asesor desde su fundación. Fundó el Colegio Nuestra Señora de Fátima en el año 1956, en el que fue Rector durante veinte años.

Durante todos estos años hasta la fundación del colegio, trabajó en pastoral juvenil primero, la organización y conducción de la Brigada Scout en el Colegio Sagrado Corazón, y después creó la JOC (Juventud Obrera Católica) en Ibarra, con Mons Leonidas Proaño. Este movimiento se extendió a ocho provincias del país. Fue nombrado asesor nacional de la JOC por la asamblea del movimiento. Trabajó en la JEC (Juventud Estudiantil Católica) masculina y femenina y en la LEC (Liga de Empleadas Católicas en calidad de asesor.

Durante quince años perteneció al grupo de jóvenes sacerdotes que mantuvieron una estrecha amistad y colaboración, al que le denominó la gente “el cuadrilátero”. Mantuvo durante diez años una hora radial semanal llamada “la hora católica”, con la colaboración de los Hnos. Cristianos.

Pertenece a la Academia Ecuatoriana de la Lengua desde 1971, a la Casa de la Cultura núcleo de Imbabura, y a la Academia Mariana del Ecuador.

Ha publicado las siguientes obras: *Caminos del Corazón inquieto*, *Cuadernos de ausencia y de presencia*, *Alondras*, *Las Horas*, *Cinco cantos de soledad*. *Serenata a la Virgen*, *Poesía*, obra completa, *Imbabura. Colección de poemas del paisaje de Imbabura Nazareth*, prosa; además de su presencia en el libro *Antología de la poesía religiosa del siglo XX*, publicado en España.